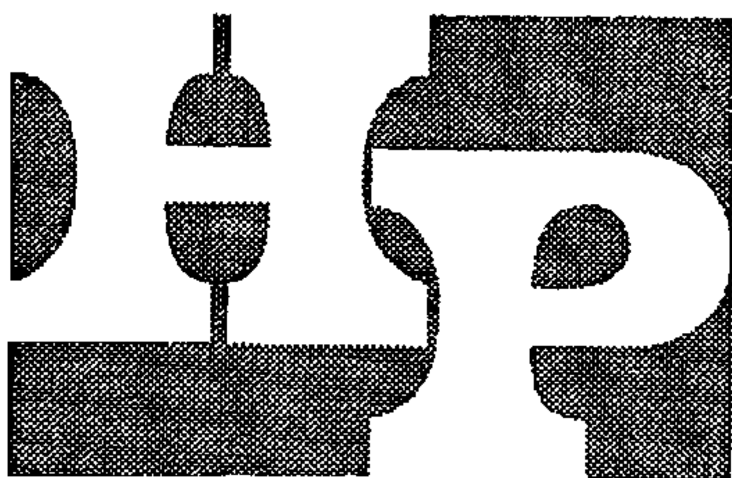


Keith Luger

ROBIN DE TEXAS





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

ROBIN DE TEXAS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 168
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 1344-1973

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edición: marzo, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El juez Teodoro Master se caló los anteojos y desparramó la mirada por los ocupantes de la oficina.

—En vista de que ya son las ocho, vamos a proceder a la lectura de la última voluntad de Geoffrey Meredith Gussman Evans, conocido vulgarmente por Geo Evans.

La joven de agradable presencia que estaba situada frente al juez Master emitió un ligero carraspeo.

—¿No cree que deberíamos esperar a los demás, juez?

—Son las ocho, señorita Calvery. Y, en esta clase de asuntos, no tolero la menor falta de puntualidad.

En eso las vidrieras saltaron en mil pedazos, y un estruendo acompañó a la lluvia de vidrios.

Un cuerpo humano atravesó el despacho, rebotó contra un perchero y, tras hacerlo polvo, cayó en el centro de la estancia, los brazos abiertos en cruz completamente inconsciente.

Los ocupantes del despacho respingaron a una, excepto la señorita Calvery que puso como fondo un agudo grito escapado a través de sus dedos.

Por el hueco de la vidriera entró un joven alto, moreno, de unos veintiocho años, facciones correctas y ojos negros que estudiaron a los presentes.

Sonrió con unos dientes muy blancos y se desposeyó del sombrero.

—Dispensen el retraso.

—¿Quién es usted? —gritó el juez Master.

—Me llamo Jim Leigh y tengo una cita con ustedes.

—¿Eh? —El juez tosió con violencia—. ¿Ha dicho Jim Leighton…? ¿James Oliver Leighton?

—El mismo, juez. En cuanto a este despojo humano, dispense, y lo pondré inmediatamente en la calle.

Mientras decía aquello, se aproximó al caído.

Lo tomó con cuidado por los sobacos, lo levanto en vilo y de repente lo arrojó a través de la estancia.

Jim se volvió hacia el juez.

—Otra vez dispensen el desorden —sonrió.

—¡James Oliver Leighton! —gritó su señoría.

—¿Diga?

—¡Le conmino para que explique esta falta de respeto ante los presuntos herederos del señor Evans!

Jim pestañeó y después sacudió la cabeza contrariado.

—Soy de los tipos que no toleran que se moleste a una dama. Verán, iba yo a entrar acá cuando vi a ese tipo que les he enseñado un poco. Estaba a punto de cerrar sus brazos sobre una pobre joven que, por fortuna, ha resultado incólume.

El *sheriff* Brander se despegó desde la ventana y dijo en tono seco y sarcástico:

—Es Doris «La Trepadora», una fulana…

—¡*Sheriff* Brander! —exclamó el juez cortante.

—Oh, perdón, quería decir que es una de las pupilas de Lola «La Caucasiana»…

—¡*Sheriff*!

—Infiernos, ya corto otra vez, juez. Lo que quiero decir es que aquí, el hombrecito, ha quedado de acuerdo con Doris para recibir toda su gratitud.

—Será mejor que se calle, *sheriff* —interrumpió el juez.

—Ande *sheriff* —sonrió Jim palmeando su hombro—, hace falta que se ponga celoso. Todo Bay City sabe que ella es su chica…

El *sheriff* prorrumpió a toser violentamente.

—¿Quiere cerrar el pico de una vez y atender debidamente al juez Master?

—Está bien, *sheriff*. Pero no se preocupe por Doris porque sólo brindó por mi salud en el mostrador del «tortuga».

La señorita Calvery se puso de pie, evidentemente indignada.

—Juez Master, ¿quiere hacer el favor de proceder a la lectura del testamento antes de que este señor siga diciendo inconveniencias?

Jim se lijó de prurito en la chica y puso cara de asombro.

A continuación pegó un corto silbido.

—Caramba, usted debe ser la sobrina del viejo.

Ella alzó la barbilla.

—Sí, señor Leigh. Soy la sobrina. ¿Tiene algo que alegar?

Jim sonrió.

—El viejo Geo me habló de usted. Pero se quedó corto al descubrir lo hermosa que es.

—Gracias —dijo ella, todavía la barbilla alzada.

Sin embargo, tiene un gran parecido con Geo… Infiernos, sí. Aquel vejete pillastre tenía la manía de darse importancia hasta que alguien le cantaba las cuarenta.

—Señor Leigh… ¡Señor Leigh!

Jim se aproximó a ella aunque recibía las descargas asesinas de los hermosos ojos negros.

—¿Por qué no empezamos por ser amigos, Celinde?

—No tengo ningún interés, señor Leigh. Primero escucharé el testamento de mi tío Geoffrey. Y después tomaré el primer tren hacia Saint Louis. Falta agregar que no acostumbro a familiarizarme con el primer desconocido, aunque éste sea coheredero. ¿He hablado claro señor Leigh?

—Igual que el viejo Geo —sonrió Jim, dando un suspiro.

La muchacha se puso otra vez de pie de un salto para replicar a Jim Leigh.

Pero fue entonces cuando el juez Master consideró que ya les había dado suficiente cuerda para que se conocieran e interrumpió:

—Procedamos a los requisitos de formalización.

Nadie supo lo que quería decir, pero todos prestaron atención.

Los tres hermanos de los sombreros hongos se envararon en sus respectivas sillas. El rubio adoptó una actitud entre risueña y fastidiada. El moreno, que estaba detrás de él, entornó los ojos y, a través de los párpados lanzo una especie de fuego codicioso.

El juez Master se volvió a calar los lentes, que no tuvieron dificultad en cabalgar sobre su nariz ganchuda.

Después de consultar brevemente los documentos extendidos sobre la mesa, dedicó una sonrisa de protocolo a Leigh y a la señorita Calvery.

—Según les han comunicado los albaceas testamentarios —

señaló a los hermanos de los hongos, ya saben anticipadamente que el difunto Geoffrey Meredith Gussman Evans los ha nombrado herederos de su rancho en las afueras de esta ciudad. Un rancho valorado en cien mil dólares.

—Juez Master —carraspeó Jim—. Todo eso lo sanemos de sobra la señorita Calvery y yo.

—Leigh…

—Esa división de la herencia en dos partes ha sido la comidilla de Sun City en estas últimas semanas Conque, si hace el favor, abrevie y todos se los agradeceremos.

La cara del juez Master quedó muy torcida, la nariz más ganchuda que de costumbre.

—El difunto señor Evans me habló mucho de usted, Leigh.

—Dijo que usted era un sujeto muy dedicado a la aventura, un aficionado al gatillo, un hombre que estaba muy habituado a duelos, peleas y cosas por el estilo.

—Lo diría por fanfarronear —replicó Jim.

El juez Master enseñó la parte superior de la dentadura postiza y, a partir de entonces, se dedicó al repaso de legajos y escrituras.

La señorita Calvery esbozó una sonrisa irónica.

—Su señoría se pregunta si no habrá sido un error de mi tío el darle la mitad de sus bienes. Pero tengo que decir en favor del señor Leigh que mi tío también era un hombre algo inquieto. Los dos se entendieron muy bien durante cierta época y por eso se explica que tío Geo se acordara de su joven amigo. Eran tal para cual.

—Por lo visto, no le gustamos ni su tío ni yo, ¿eh, muñeca?…

La señorita Calvery movió las aletas de su nariz.

—Lo único que tenía contra tío Geo era su detestable afición al deporte del arco.

—E] mejor arquero del «Club Robín Hood», Celinde.

—Una afición bastante primitiva. Recuerda demasiado a los indios. Pero esas reminiscencias salvajes de tío Geo también se debían a las malas compañías.

—Oh, sí, debido a la azarosa vida de tío Geo, usted va a recibir cincuenta mil dólares. Le duelen mucho ¿eh, Celinde?

—¡No voy a tolerar más groserías, señor Leigh!

—Usted empezó.

—¡Basta! —exclamó el juez Master. Y cuando se restableció el

silencio agregó fijando los ojos en Jim—: Lo que más siento en estos instantes es ver cómo los dos únicos herederos del difunto Evans son antagonistas desde el primer momento. Ahora es cuando estoy más seguro de que la obra del difunto Evans, el rancho «El Arco y la Flecha», será dividida, vendida y finiquitada.

—Eso es lo que queremos —dijeron Jim y Celinde a coro.

Y se miraron con asombro al ver que, por primera vez, andaban de acuerdo.

El juez Master hizo una mueca de pesar y atrapó un documento amarillento.

—Voy a proceder a la lectura del testamento del difunto señor Evans —se ajustó los lentes y tras un fuerte carraspeo empezó a leer—: «Yo, Geoffrey Meredith Gussman Evans, en pleno uso de mis facultades lego otorgo y…».

—Juez Master —interrumpió Jim—. ¿No sería mejor pasar por alto las formalidades e ir derechos al grano?

Master lanzó una mirada a Leigh, que resultó bastante corrosiva a pesar de los gruesos cristales de las gafas.

—Muy bien. ¿Es de la misma opinión la señorita Calvery?

—Por mi parte —dijo Celinde con cierto énfasis—, prefiero abreviar esta situación lo más pronto posible, juez Master.

De acuerdo —cabeceó su señoría y buscó las cláusulas del testamento que iban al grano—. «Lego mi rancho “El Arco y la Flecha” con todos sus bienes, pertenencias y bestias, amén de las cabezas de ganado que en este día del Señor alcanzan a veinte mil, a mi amigo Jim Leigh y a mi sobrina Celinde Calvery, quienes dividirán el inventario de mis bienes en partes iguales».

Jim sonrió ampliamente y tendió la mano al juez.

—Gracias de todo, juez Master. ¿Se encargará usted de vender el rancho y remitirme el dinero a «El Nido de Irene», Jacoma City?…

—¿Cómo?

—Verá, estaré allí unos días planeando el programa de vacaciones. Creo interpretar los deseos del viejo Geo dándome buena vida.

—Pero, si usted nunca hizo nada, Leigh…

Jim guiñó un ojo.

—Ahora me tocará cavilar de lo lindo, para saber cómo desprenderme de ese dinero. Abur, señoría.

Master pegó una fuerte palmada en el escritorio.

—¡Un momento, señor Leigh!

—¿Decía algo?… —Jim volvióse a medias, debido a que Doris, «La Trepadora», le hacía señas desde la acera de enfrente.

—Tengo que leerle una cláusula condicional.

—¿Eh?

Master sonrió un poco siniestramente.

—Usted recibirá la parte que le corresponde si se cumplen las condiciones del testamento.

El timbre de alarma situado en el cerebro de Jim campanilleó furiosamente.

—¿Quiere explicarse?

El juez Master retrepó en el asiento y se le vio feliz.

—Existen un par de cláusulas en el testamento del difunto señor Evans que tendrán que cumplir usted y la señorita Calvery, antes de que el rancho pase a manos de ustedes.

La bella sobrina de Geo Evans también se movió inquieta en el asiento.

—¿Qué condiciones son ésas, juez Master? —pregunto.

Master suspiró satisfecho y su nariz ganchuda brilló al ser herida por la luz del exterior.

—Permítame que les lea la cláusula textualmente.

—Adelante —dijo Jim, y agregó unas señas de apaciguamiento a «La Trepadora».

La voz del juez Master sonó deliberadamente tétrica.

—«Los citados bienes pasarán a propiedad de Leigh y Calvery cuando ambos cumplimenten lo que sigue abajo». —Master leyó con fruicción—: «Jim Leigh tendrá que permanecer tres días, a partir de la lectura de este testamento, sin su “Colt” 45, con el que dice se siente mucho mejor. Y tampoco cualquier otra arma de fuego para su defensa personal. Con lo cual sólo quiero convencerlo de su propia valía y cerciorarlo de que es un tipo suficiente con sus dotes naturales».

Jim dio vuelta en redondo hacia el juez.

—Oiga, ¿no es una broma, juez Master?

—No, Leigh. Y ahora no interrumpa y deje que lea la parte que interesa a la señorita Calvery.

La joven sonrió mordaz.

Por lo visto, el señor Leigh ya puede despedirse de su parte, dada la afición que tiene a las armas.

—«En cuanto a mi sobrina Celinde Calvery, deberá ganar el Premio "Robin Hood" para arqueros que se celebrará en los tres días siguientes al que se ha elegido para la lectura de este testamento…».

Celinde abrió la boca y exclamó:

—¡Eso es imposible!

La voz cargada de malicia del juez Master prosiguió:

—«Con esto sólo quiero inculcar a mi sobrina Celinde la afición a tan noble deporte que me ha proporcionado los mejores ratos».

—¡No! —dijo Celinde con un hilo de voz. Y se dejó caer en el asiento.

La voz del juez Master continuó implacable:

—«Si cualquiera de estos dos requisitos no se llevara a buen término, el importe de la venta del rancho "El Arco y la Flecha" pasará a incrementar los Clubs de Arqueros de todo el país en un cincuenta por ciento y el resto será destinado a las entidades benéficas cuya lista detallo…».

Jim chascó la lengua.

—Escuche, juez Master. Eso es un disparate.

—¿El qué, Leigh?

—Todo ese rollo, ese mamotreto.

—¿Cómo dice, Leigh?

—Está claro que el viejo Geo redactó ese testamento con un par de botellas en el cuerpo.

—¿Se da cuenta de lo que dice, Leigh?

—Cada vez lo veo más claro. Geo debió tener alguien al lado que lo indujo a meter esa chifladura de las condiciones. Básicamente, se ven las buenas intenciones de Geo. Deseaba que medio rancho fuera para su único pariente, Celinde, y que el otro medio fuese para mí porque era lo que más quería en el mundo.

—No nos hará llorar, Leigh —repuso el juez en tono agrio—. Y, aunque lo consiguiera, nada ni nadie podrá variar las condiciones.

—¡Estoy de acuerdo con el señor Leigh! —exclamo Celinde—. Es imposible que yo gane ese concurso. En primer lugar, porque odio con toda el alma esa afición de desocupados. Además, debo recordarle que, de niña, los indios asaltaron la agencia de víveres

donde trabajaba mi padre y me pasé toda la noche escuchando el silbido de las flechas. Nunca se me olvidará.

—Y además —agregó Jim—, la chica no podría ejercitarse lo suficiente en unas horas. ¡Ese condenado concurso ya está en marcha!

—Lo siento, señores —sacudió Master la cabeza—. Si las cláusulas no se cumplen, procederemos a la venta del rancho y será dividido, según los deseos del difunto Evans.

Se trataba de un hombre moreno, muy membrudo. Sus ojos lanzaban ahora un fuego especial. Carraspeó algo emocionado y dijo:

—Creo interpretar la voluntad del señor Evans, amigos. El señor Evans se hacía lenguas hablando de dos personas en este mundo: Jim Leigh, el hombre que vivía de la aventura y del gatillo, y Celinde Calvery, la muchacha educada en el Este, modelo de exquisitez y belleza.

—Gracias, señor Cravenor —dijo Celinde—. Pero todo eso no resuelve el problema.

—He querido manifestar lo que sentía su difunto tío —agregó con una mirada que envolvió a la chipa—. Y también manifestar lo que siento yo. Como administrador del rancho «El Arco y la Flecha» quiero decirles que me sentiría muy apenado si pasara a otras manos que no fueran las de ustedes. ¡Trabajó tanto el señor Evans por levantar su imperio!

Todos vieron cómo Cravenor se interrumpía mirando al techo, presa de emociones y recuerdos.

Jim ladeó la cabeza.

—¿Está seguro de que no fue usted el que asesoró al viejo Geo en lo de las condiciones, Cravenor?

—¿Eh?

—Geo le tenía mucha confianza. Tal vez demasiada.

—¡Señor Leigh!

—No me ha gustado el tono de tragicomedia conque nos ha saludado. Así que, desde ahora, ahorre los monólogos tristes, hermano.

Cravenor enrojeció de ira, pero se le vio buena voluntad para transformar la cólera en un gesto apenado.

—¡El señor Evans que está allá arriba sabe la verdad de todo!

—¿Sí?

Cravenor cambió la expresión por otra irónica.

—Ahora me pregunto si lo que le escuece a usted no es andar por el mundo sin más armas que las manos.

—Hombre, ahora que toca el tema…

Cravenor lanzó una carcajada de triunfo, que no pudo reprimir a tiempo.

—Opino como el señor Evans, que en paz descanse. Usted tiene muchos medios para sobrevivir, Leigh. Podrá cumplir con su parte. Jim se acarició la barbilla.

Miró a la joven.

—Muy bien —dijo—. La señorita Calvery tiene la palabra. Si ella es capaz de tirar al arco, también seré capaz de andar descalzo por el mundo.

—No trate de escudarse en la señorita Calvery —dijo Cravenor ceñudo.

Jim se acarició el puño, que ya le escocía de ganas por estrellarlo en el rostro de Cravenor.

—Lo que quiero decir es que no abandonaré el revólver, a menos que sepa seguro que la señorita Calvery hará lo posible por ganar ese Premio de Arco y Flecha. No puedo jugarme el tipo, si no estoy seguro que se cumplirá la otra parte.

El juez Master se arrellanó en el asiento.

Alzó una ceja y aseguró la dentadura postiza antes de preguntar:

—¿Se decide, señorita Calvery?

Celinde se mordisqueó el labio inferior, denotando una sorda lucha interior.

Por fin, dijo con un hilo de voz:

—Haré lo que pueda.

Todas las miradas se volvieron hacia Jim Leigh.

Jim se despasó la hebilla de la canana y el peso de la munición hizo que resbalara por sus piernas debajo de un golpe.

Luego, tomó la funda con el revólver y los depositó sobre la mesa del juez Master.

CAPÍTULO II

En la oficina del juez se hizo un largo silencio.

El juez Master ensanchó los labios en una sonrisa que puso de manifiesto los cincuenta dólares del postizo.

—Les doy la enhorabuena por su decisión.

Celinde dirigió una mirada amarga a Leigh.

—Espero que colabore para ganar la herencia y se abstenga de tocar un revólver.

—Y usted trate de afinar la puntería, Celinde —replicó Jim.

El juez emitió una risita y se frotó las manos.

—Para el mejor desarrolló de la prueba, les aconsejo que ustedes dos vayan juntos a Crow Hull, la ciudad donde se celebra el Concurso de Arqueros.

—Prefiero arreglarme sola —dijo Celinde con retintín—. Sin embargo, facilitarán la tarea de los albaceas testamentarios que tienen que vigilarles de cerca para garantizar el cumplimiento de las cláusulas.

—Entiendo —dijo Jim—. ¿Dónde están esos muchachos?

El juez Master apuntó a los tres hermanos de los sombreros hongos.

—Los hermanos Bull les acompañarán durante estos tres días. Fueron escogidos por el señor Evans, que en paz descanse, como los adecuados albaceas por tratarse de personas honorables de esta ciudad.

En eso, el mediano de los Bull, un sujeto rubio, de ojos azules y expresión angelical carraspeó con un gallo en la voz.

—Mire, juez Master. Acabo de hablarlo con Mac y Orrin —señaló a sus hermanos—. Y hemos llegado al acuerdo de renunciar.

—¿Cómo? —Se inclinó el juez hacia adelante—. ¡No pueden

renunciar!

El *sheriff* los miró de lado.

—Hace rato que se quieren rajar, señoría. Desde que empezamos la reunión sólo han hecho que comunicarme sus temores. Por fin, ha sido el menor de los Bull, Terry, el que ha salido con la canción.

—¿Ha dicho temores, *sheriff*?

—Sí —repuso Terry Bull con gesto decidido—. Estamos muertos de miedo. Y lo declaramos tan claramente para que nadie se llame a engaño.

—¿Qué quieres decir, Terry? —Achicó el juez los ojos.

—Lo que nos preocupa de veras es el señor Leigh.

—¿Qué le pasa a Leigh?

—No es muy sano andar a su lado.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene paperas?

—No, señoría. Lo que pasa es que Jim Leigh es una especie de gun-man.

—A nadie se nos oculta, Terry. ¿Tiene algo que alegar?

Terry Bull sacudió la cabeza.

—No nos entiende, juez. Tenemos noticias de que tres individuos han seguido al señor Leigh hasta esta ciudad.

—¿Sí?

—Cuando cuchicheábamos con el *sheriff* no era otra cosa que indicarle el prontuario de las tres fichas que han llegado tras Leigh.

—¿Qué hay de estos hombres, *sheriff*?

El *sheriff* tosió un tanto embarazado.

—Bueno, Terry no anda falto de razón. Al parecer esos tres prójimos son de cuidado. Pero no tengo ninguna orden de detención y no haré nada contra ellos, juez.

Jim se despegó de la ventana.

—¿Me permiten que hable?

—Hágalo —dijo el juez.

—Esos tres fulanos no harán nada hasta el momento propicio.

—¿Cuándo será ese momento?

Jim se mordisqueó el labio inferior.

—Será cuando me encuentren.

El juez entornó los ojos.

—Le recuerdo que está desarmado, Leigh.

—Ahí es donde pica, señoría. ¿Se quebrantaría la cláusula si me

dejara el «Colt» un rato? —exclamó el.

—¡No quiero tiroteos en la ciudad! —exclamo el *sheriff*.

—El *sheriff* tiene razón —replicó Master— No queremos disparos. Usted tendrá que arreglarse con la protección de la autoridad.

—Nunca confié demasiado en las autoridades.

—Leigh…

—Lo dicho, juez. Esos tres tipos… y tal vez otros, aprovecharán ahora la ocasión de que estoy descalzo. E intentarán hacerme un recosido de artesanía.

Los tres hermanos Bull pegaron un triple brinco atrás.

—¿Se da cuenta, juez Master? —graznó el rubio—. El que vaya cerca del señor Leigh tiene ya un boleto para el infierno.

Master pegó una fuerte palmada en la mesa.

—Pues tendrá que cumplir con su obligación, quieran o no. Ustedes contarán con la debida protección de las autoridades allá donde vayan. No pueden negarse a esta misión que tienen como albaceas de comisión ¿entienden?

Los tres hermanos se miraron compungidos.

El más grandullón, de cuello de toro y facciones anchas, tragó saliva con dificultad.

—Señoría, le hago notar lo malo que será cuando tengamos que andar pegados a Leigh día y noche para vigilarlo en el cumplimiento de su parte. ¿Se figura lo que ocurriría si le sueltan una andanada de plomo?

—¡Basta! —cortó Master—. Nada les ocurrirá, hermanos Bull. Ahora mismo telegrafiaremos a las autoridades de Crow Hull para que tengan los ojos bien abiertos. No se nos pasa por alto que el señor Leigh necesita una protección ahora que irá desarmado estos tres días.

—Oh, sí —sonrió secamente Leigh—. Será muy bueno estar protegido por la autoridad.

El juez Master entornó los ojos.

—¿Se le ocurre algo para ayudarse en esta situación? Jim pensó un momento y luego asintió.

—Sí —dijo—. Aprovecharé que estamos ante el juez y haré el testamento.

Los hermanos Bull respingaron de temor.

El juez entornó los ojos.

—Leigh…

—¿Sí, señoría?

—No exagere la situación. Sospecho si tendrá la oculta intención de ahuyentar a los hermanos Bull y así impedir que se le vigile debidamente.

—Tiene usted ideas muy tortuosas, señoría.

Master lanzó un gruñido rabioso.

Miró al joven por encima de las gafas.

—Leigh —dijo con la voz cargada de malhumor—. Le sugiero que se pongan en marcha inmediatamente rumbo a Crow Hull.

—Me lo ha quitado de la boca, juez. Mañana, a más tardar, debemos estar en condiciones de inscribir a la señorita Calvery en el Concurso «Robín Hood». Conque lo mejor será que tomemos el próximo tren. ¿Está de acuerdo, Celinde?

—Sí, señor Leigh.

Jim carraspeó y lanzó un guiño disimulado a Doris, que va daba muestras de impaciencia en la calle.

Emitió una tosecilla y agregó:

—Ahora recogeré mi equipaje y me reuniré con ustedes en la estación. ¿De acuerdo?

Salió a la calle sacudiendo la mano para despedirse.

No vio a los tres individuos que se hallaban a unos cuantos metros de distancia de Doris «La Trepadora».

Sin embargo, los individuos no pasaron inadvertidos a los ocupantes del despacho del juez Master.

—¡Miren eso! —exclamó Celinde.

Los hermanos Bull lanzaron un triple alarido de espanto.

No era para menos.

Los perseguidores de Jim Leigh acababan de extraer las armas.

De repente, la calle se llenó de estampidos.

CAPÍTULO III

Jim esquivó la primera andanada de proyectiles.

Llevó instintivamente la mano al costado, pero la detuvo a medio camino.

El movimiento fue captado por los tres pájaros, quienes abrieron mucho los ojos.

El más barbudo de los tres individuos lanzó una exclamación de asombro.

—¡Demonios! ¡No lleva armas!

Jim retrocedió en el suelo, consciente de que allí mismo le iban a hacer el relleno.

—Muchachos —sacudió la cabeza—. Me lo ha prohibido el doctor.

El barbudo mavor lanzó una carcajada.

—¿Os dais cuenta, muchachos? El gran Jim siempre nos reserva una sorpresa. Hemos ido detrás de él durante semanas enteras, lo hemos seguido por montes y valles. ¿Y qué nos encontramos de pronto? Que no lleva armas. ¿No es para mondarse?

El delgado que estaba a la derecha del «Barbas» rió agudamente y en sus ojos se leyeron ganas de asesinar.

Sin embargo, el más grandullón del trío quedó completamente seno, la cara torcida por la sospecha.

—A mí no me gusta nada, Morris.

El barbudo Morris tuvo un acceso de risa y apuntó a Jim con el «Colt».

—¿Lo estás viendo, Jinimy? Jub está más receloso que si estuvieras con un cañón en la mano.

—Podría ser una trampa, Morris —apuntó el grueso Jub, y empezó a mirar inquietamente a todas partes.

Morris se retorcía presa de la hilaridad.

—¡Infiernos, qué bueno! Cuando los conocidos se enteren de cómo cazamos a Jim Leigh, se van a quedar de una pieza.

—Vais a darme el pasaporte, ¿eh?

—Hombre… Estas ocasiones no se presentan nunca. ¡Jim desnudo de artillería! ¿No es increíble?

Jim ya se estaba incorporando.

—Bueno, podríamos resolverlo a puñetazo limpio. ¿Qué tal?

Morris entornó un ojo y con él observó largamente al joven.

—No me gusta —dijo.

—No podéis darme el plomo así por las buenas, chicos.

—Sí podemos, Jim. ¿No acribillamos a aquel viejo en San Francisco? Tampoco llevaba armas.

—Está feo, Morris.

—Calla, hombre —se carcajeó Morris—. Lo que pasa es que nadie lo creerá cuando lo contemos. ¿Cómo has sido tan descuidado, muchacho?

—Empiezo a envejecer.

Morris rió de buena gana.

Siguió con la boca abierta emitiendo risotadas.

Como lo hizo en demasía, se arrepintió de haber perdido el tiempo.

Jim saltó como si tuviera muelles en las piernas.

Jub apretó el gatillo y la bala salió en busca de Jim.

Pero éste ya iba por el aire y frenó en seco al estrellar la cabeza en el estómago del riente Morris.

Morris cayó formando bola con Jim.

Por eso los dos compinches de Morris maldijeron a coro y bailotearon buscando un hueco para ensartar con el plomo a Jim sin herir a Morris.

Pero cuando éste se retorcía a causa del testarazo, Jim dio otro brinco y propinó un par de coces al grandote Jub.

El hombrón soltó el revólver y dio una arcada despachando el desayuno.

Jim lo calmó con un directo a la mandíbula que lo puso en marcha hacia el establecimiento de bebidas que había en el mismo tramo de acera.

—¡Maldición! —graznó Ed, el delgado. Y volvió a hacer fuego.

Jim escuchó la canción del plomo al oído y ya no demoró más la retirada.

En vez de tratar de saltar ahora hacia Ed, lo hizo en dirección a «Apartamientos La Luna».

Embistió la puerta con la cabeza y consiguió abrirla de par en par.

Se coló con la rapidez del lagarto, siempre sintiendo el calor y el silbido del plomo, que rebotaba por todas partes.

Ed quería cargárselo a toda costa y disparo a través del tablero de la puerta cuando Jim consiguió cerrar.

Los proyectiles abrieron agujeros en el tablero.

Pero ya Jim iba hacia el primer piso, seguro de haber dado el mico a los tres pistoleros.

Doris «La Trepadora» lo acogió con un estridente grito de bienvenida y se echó sobre él para abrazarlo.

Lo hizo de un modo original.

Le pasó los brazos en torno al cuerpo.

Y también se ayudó con las piernas que enrolló en las de Jim.

Éste entró riendo en el apartamiento y, cargado como iba con la muchacha, cerró la puerta herméticamente.

Doris continuó enroscada a Jim con brazos y piernas.

Fue cuando Jim comprendió el sobrenombre de «La Trepadora». Imitaba a la enredadera, a la hiedra, a la serpiente…

Un par de horas más tarde, Jim despertó al escuchar unos fuertes golpes en la puerta.

Se incorporó poco a poco mientras buscaba un arma contundente.

—¿Quién anda ahí?

—¡Soy yo, señor Leigh! ¡Terry Bull! ¡Uno de los tres albaceas! ¡Tiene que abrir la puerta…! ¡Perderemos el tren, señor Leigh!

Jim se agachó para recoger la llave que Doris había deslizado por debajo de la puerta después de cerrar.

La introdujo en la cerradura y, apenas dio vuelta, entró el rubio Bull, el menor de los tres hermanos convertido en una exhalación.

—¡Mi madre! ¡El tren a punto de salir y usted en paños menores!

—En un momento me visto, Terry.

Terry tragó saliva.

—Escuche, señor Leigh. No es por alarmarle, pero en el mismo

tren que tenemos que coger para ir a Crow Hull han llegado cuatro tipos preguntando por usted… Éstos tienen peor cara, señor Leigh… ¡Tenía que haberlos visto!

—¿Quiénes son? —La mirada de Jim se perdió a través de la rendija que hacía de ventana, pero no por eso dejó de darse prisa en vestirse.

Terry trataba de calmarse.

—El *sheriff* reconoció a uno de ellos como un pistolero de mala fama. Un tipo de cejas blancas y brazos largos.

—Scott Perkins.

—¡Ése es, demonios! Señor Leigh.

—¿Ocurre algo, muchacho?

Terry se movió como si la ropa le quedara ancha.

—Oiga, yo sería capaz de decir que le acompañé a todos lados y que no tocó ningún arma de fuego en estos días.

—¿A cambio de qué, Terry?

—A cambio de que me deje convertirme en humo. Usted va por un lado y yo por otro. Tres días más tarde nos reunimos en el despacho del juez y yo juraré que permanecí a su lado todo el tiempo.

Jim detuvo el abrochado de la camisa.

—No es mala idea.

—¿Entonces acepta, señor Leigh? —exclamó Terry entusiasmado.

Jim sacudió la cabeza.

—No, muchacho. No sería honrado.

Terry dio un gemido.

—¡Dios mío! ¡Ahora me resultó melindroso!

Jim puso una mano en el hombro del rubio.

—Muchacho —dijo—. El difunto Geo quiso que pasáramos por esto y considero que no es mala idea. Todos necesitamos convencernos de que no dependemos de un revólver.

—¡Yo no dependo!

—Pero te harás un hombre con estas peripecias, Terry. ¿Andando?

Terry dio otro gemido más amargo y fue en pos de Jim.

Cuando llegaron a la calle, miraron a todos lados.

Sonó el silbato del tren.

Terry pegó un brinco.

—¡Hemos de darnos prisa, señor Leigh! ¡Mis hermanos y la señorita Calvery ya habrían tomado asiento en el convoy!

—Vamos.

Jim comenzó a moverse pausadamente a través de la calle.

Tenía un sexto sentido que le advertía cuando iba a sonar el estampido del revólver.

Ahora no le advertía.

Le gritaba de modo ensordecedor.

Terry saltó a su lado.

—¿No nota un silencio demasiado penetrante en la calle?

—Son horas laborables y cada cual está en su trabajo.

—Nosotros también estamos en plena tarea, Jim —dijo entonces una voz bronca desde un portal.

Terry dio un agudo grito.

Jim volvióse y vio al tipo de las cejas blancas y largos brazos.

—Scott Perkins —dijo.

El tipo empezó a descender las escaleras del portal.

—Sí, muchacho —sonrió—. Hemos venido a Sum City a felicitarte por tu buena suerte.

Jim lanzó una ojeada a la estación.

Les separaban cien yardas.

Con un poco de la suerte que le atribuía Perkins, podría alcanzar el tren.

Pero Perkins Darecía poseer dotes adivinatorias porque de repente se echó a reír.

—No, Jim Leigh. Tú nunca tomarás ese tren.

—Tengo mi billete.

El de las cejas blancas emitió una risita.

—Nunca pierdes el buen humor, muchacho.

—Tomo el jarabe de la risa.

—Pero esta vez todas tus payasadas no te librarán. No, Jim. Los muchachos están al otro lado. Tienen las armas a punto de sacar. Cuando yo haga una señal, tirarán al bulto y ya sabes lo que pasará. No podrás reírte de nosotros como lo hiciste de esos tres desgraciados. Me refiero a Morris, Jub y Ed.

El tren se puso en marcha al conjuro de la campana.

El de las cejas blancas sonrió más ampliamente.

—¿Lo ves, Jim? Ya no lo tomarás.

—¡Qué se le va hacer!

En eso, un mexicano de la banda de Perkins exclamó:

—¿Le damos plomo nomás?

Pero la respuesta llegó del otro lado de la acera.

—Nadie va a disparar más en esta ciudad —se oyó la voz del *sheriff*.

Leigh, Perkins, el rubio Terry y los hombres de Perkins se volvieron hacia la oficina del juez.

En la puerta se hallaban el *sheriff* y a cada lado de él Sam Cravenor, el administrador del rancho «El Arco y la Flecha» y el capataz Burton Shesman, el rubio de la mirada aburrida.

Los tres tenían las armas en la mano.

Hubo un largo silencio en la calle.

Jim suspiró penosamente.

—¿Te das cuenta, Scott? De pronto las cosas cambian.

Scott Perkins masculló una rabiosa imprecación y ordenó:

—¡Asen a toda esa pandilla de mamarrachos!

Y fue la señal para que la calle se convirtiera en un infierno.

El *sheriff*, Cravenor y Shesman apretaron los gatillos sin interrupción.

Pillaron con las armas a medio sacar a muchos hombres de Perkins.

Por eso, la masacre fue en tono mayor.

Jim Leigh pasó incólume a través de una verdadera cortina de balas.

Cuando todo se tranquilizó, en la calle habían no menos de cuatro hombres de Perkins patas arriba.

El mismo Perkins agonizaba en cuclillas, maldiciendo a Jim Leigh, el tipo que tenía tanta suerte.

Jim salió por detrás de unas cajas de envases, a donde había ido a parar misteriosamente.

Tras lanzar una ojeada al campo de batalla, se desposeyó del sombrero y sonrió a los tres personajes de la oficina.

—Gracias, amigos. Nunca olvidaré este gesto de ustedes.

Y como ya había perdido el primer tren a Crow Hull, se dirigió a los «Apartamientos La Luna» para hacer tiempo en espera del segundo tren. La constrictora Doris regresaba aprisa para atenderlo.

Cuando el sheriff empezó a dar órdenes para que fueran recogidos los cadáveres, el administrador Cravenor y el capataz se quedaron en el mismo lugar que pisaban.

—Maldición —masculló Cravenor por el sesgo de la boca—. ¿Cómo no le dimos, Burt?

Burton Shesman, el capataz rubio tenía los dientes prietos.

—Ese bastardo de Leigh tiene la suerte por arrobas. Lo menos le dediqué tres plomos, pero pareció burlarlos en el aire.

—Era la gran ocasión para haberlo quitado de en medio y quedar como un par de hombrecitos. Condenado me vea… La muerte de Leigh se habría explicado con una de tantas balas perdidas.

Burton Shesman tenía las mandíbulas cada vez más prietas.

—Pues ya podemos despedirnos del tejemaneje del rancho «El Arco y la Flecha» como ese hijo de perra de Leigh se esconda en algún agujero y salve la piel en estos tres días.

—Aún queda por ver que la fulana mosquita muerta gane el Premio «Robín Hood». Tenemos muchos tantos a favor nuestro, Burt.

—Sí, muchos tantos, Sam. Veremos lo que pasa en Crow Hull.

CAPÍTULO IV

El campo de tiro de Crow Hull era un hervidero de público entusiasmado. La banda «Robin Hood» daba un concierto matinal. Los gallardetes de colores flameaban al viento.

Celinde Calvery se abrió paso a empujones entre el público que atestaba la puerta grande del campo y, por fin, alcanzó a subirse a una valla donde observó los cuatro puntos cardinales.

Tras ella llegaron Mac y Orrion Bull resoplando bajo sus sombreros hongos.

Celinde dio una patada en el entarimado.

—¿Qué les dije? Seguro que el señor Leigh y su hermano Terry se han conchabado y será difícil verles el pelo.

El grandullón Mac se rascó la prominente barbilla con un sonido a lija, que se escuchó a pesar de la algarabía general.

—Eh… No diga eso, señorita Calvery.

—Brillan por su ausencia.

—Bueno, seguro que por un par de dólares encontraremos a alguien que les enseñe el manejo del arco.

Celinde lanzó una ojeada al campo y se sintió deprimida.

Lanzó un gemido.

—Nunca lo conseguiré.

—No diga eso, señorita Calvery —tosió Mac—. Conocí a un tipo en Sum City que sólo tenía niñas. También decía lo mismo. «Nunca lo conseguiré». Y un buen día su mujer dio a luz un hermoso niño.

—Olvidaste decir que fue cuando ya tenían diecisiete chicas, Mac —dijo Orrin, pero tuvo que interrumpirse porque el grandullón le pegó en el tobillo con el pie.

De repente, Mac tuvo que apartarse porque un fulano que vendía bocadillos le echó encima el carrito de dos ruedas.

—Hay salchichas calentitas… A la rica salchicha, ¿una salchicha?…

Mac gruñó y lanzó un papirotazo al gorro de cocinero del vendedor.

De repente abrió mucho la boca.

—¡Por mil demonios! ¡Terry!

Terry impuso silencio chistando con fuerza. Se caló el gorro blanco.

—¿Quieres cerrar el pico? Es un camuflaje.

Orrin también estaba con la boca abierta.

—Por todos los infiernos, ¿estás mal de la cabeza, Terry?

El rubio tragó saliva.

—Si yo les contara… No sabéis el plomo que he oído silbar…

—¿Plomo? —Gallearon a coro los hermanos mayores.

Terry engulló más saliva.

—Por fortuna, el señor Leigh y yo hemos llegado enteros a Crow Hull. ¿Sabéis que ya creo en los milagros?

Celinde había bajado de la valla y sonrió irónica.

—¿De qué se ha disfrazado el señor Leigh?… ¿De vendedor de limonada?

—No. Se ha disfrazado de juez de campo.

Celinde y los otros dos hermanos respingaron a coro.

—¿De modo que ya está aquí? —exclamó Celinde.

—Lo tienen en la Tribuna Presidencial. Y ahora que ya estamos juntos, creo que será mejor abandonar los disfraces.

Acto seguido, Terry llamó a un viejo por medio de señas.

El vejete se acercó renqueando y recuperó su carro de bocadillos y el gorro blanco, recibiendo un dólar por el alquiler.

Luego, se alejó contento como un conejillo.

Celinde y los tres hermanos Bull entraron en el campo de tiro.

Justo entonces se estaba celebrando la inscripción de los concurrentes.

Desde la mesa de la tribuna, se descolgó Jim Leigh, sonriendo al grupo.

—Dichosos los ojos… ¿Cómo está, Celinde?

La chica lanzó fuego por los ojos.

Ahora mismo doy media vuelta y regreso a Saint Louis.

—Eh, ¿qué le pasa?

—¿Es que no se da cuenta, señor Leight?… Esto es para gente muy avezada. No podré hacerlo.

—Vamos, Celinde. Recuerde que prometió hacer un esfuerzo.

—¿Cómo quiere que gane?… ¿Sobornando al Jurado?

Jim se rascó la barbilla.

—No es mala idea. Pero ya vengo de intentarlo, muchacha.

La chica dio un respingo.

—Me lo figuraba.

—De todos modos no hay modo de sobornarlos, Celinde. Tendremos que conseguirlo con nuestra destreza.

—¿Cómo?

Jim chascó los dedos y un sujeto de doble papada se presentó con un meo reglamentario y un carcaj lleno de flechas metálicas.

—El señor Peabody nos vende a crédito este magnífico arco, Celinde. Vale sólo cincuenta dólares incluidas las flechas.

El gordo Peabody arrugó las narices.

—Usted no me dijo que era para la señora.

—¿Ocurre algo, amigo?

—Sería la primera vez que una mujer ganara el Concurso. Y también será la primera vez que una mujer entre en él.

—¿Quiere dejarnos en paz, Peabody?

—De acuerdo —gruñó el gordo—. Pero no se olvide de pagarme el arco y las flechas.

—Tendrá su dinero. Y ahora, abur. ¿Vamos, Celinde?

—¿A dónde? —Ella abrió mucho los ojos.

—Usted va a recibir las primeras lecciones en el campo de entrenamiento. Está al otro lado.

Mac Bull tosió broncamente.

* * *

En el campo de entrenamiento había algunos concursantes frente a las dianas, situadas a veinte yardas de distancia. Grupos de curiosos observaban embobados los ejercicios y los apostadores zigzagueaban de uno a otro lado recogiendo las apuestas.

El concursante que más acaparaba la atención era un sujeto alto, de anchos hombros y recia musculatura, quien se disponía a disparar la octava flecha tras siete disparos muy acertados.

Cuando tensaba el arco vio por el rabillo del ojo a la hermosa

muchacha que venía acompañada.

Dejó de tensar y sonrió con unos dientes muy blancos.

—¿Usted también entra en juego, preciosidad?

—Sí —repuso Jim interponiéndose—. ¿Ocurre algo, míster?

—Me llamo Michael Orsay.

—Jim Leigh.

—Mucho gusto, Leigh… ¿Es su hermana?

—Digamos mi discípula.

Orsay rió sonoramente.

—Canastos, eso es bueno, Leigh. ¿Puede presentarnos?

—Sí —Jim hizo las presentaciones mientras Orsay todavía reía —. Escuche, ¿a qué viene tanta alegría?

Orsay relajó un poco la risa.

—Verá, amigo. Soy el Campeón de arqueros 1872.

—Ya, algo así como *Miss* Texas.

Orsay tampoco podía disimular la antipatía recíproca que sentía por Leigh. Torció la boca.

—Pongamos eso, Leigh. Y me extraña que usted, un piernas, se atreva a dar lecciones. ¿Quiere que se las dé yo señorita Valvery?

—¿De qué, hermano? —sonrió secamente Jim—. La señorita está bajo mi tutela en asuntos de arco. Tiene que ganar el premio.

—Sin implicar a la señorita, quiero manifestarle que me parece mucha fanfarronería, Leigh.

—Al tiempo, míster.

—¿Cree que podrá mejorar esto, señor Leigh? —dijo Orsay y, a continuación, disparó el arco casi sin apuntar.

La flecha rasgó el aire.

Todos contuvieron la respiración durante la trayectoria.

De repente se escuchó un respingo general.

Michael Orsay había clavado la flecha en el círculo vecino a la diana.

Se volvió sonriente.

—¿Decían algo, amigos?

Celinde estaba desolada.

—¡Leigh! —gimió, fijos los ojos en el blanco.

Jim respiró con fuerza.

—Ya le daremos la respuesta adecuada al Willy Tell éste… Andando, Celinde.

La chica tragó saliva y fue en pos de Jim.

Buscaron un lugar apartado en el campo de tiro.

Jim pasó el arco y la flecha a la muchacha, quien tomó los trastos con las puntas de los dedos.

—¿Cómo?… ¿Cómo tengo que hacerlo?

Jim le dijo cómo y se colocó detrás de ella para guiarle la mano.

De aquel modo la envolvió con sus brazos, mientras ambos miraban al blanco.

Pero se sintieron muy turbados al encontrarse tan cerca.

—Jim…

—¿Qué, Celinde?

—¿Disparo ya?

Celinde soltó la cuerda de arco y la flecha partió.

—Sí, nena.

Pasó a cien yardas de distancia del blanco.

Cruzó el campo.

Los tres hermanos Bull tropezaron unos con otros al ver llegar la flecha.

Por fin la saeta arrancó el sombrero hongo de Terry y lo clavó en la valla.

—¡Dios Santo! —exclamó Terry.

Puso los ojos en blanco y se desmayó en brazos de su hermano.

Estallaron muchas risas en el campo de entrenamiento.

Un sujeto malcarado que se hallaba de mirón cerca de Jim y Celinde los apuntó con un dedo y se carcajeó de lo lindo.

Jim sonrió a Celinde, la dejó sola un momento y se acercó al tipo que lagrimeaba de hilaridad.

De repente, el puño de Jim se escapó.

Y fue a estrellarse en la cara del fulano.

Éste reculó.

Empezó a hacer eses por el centro del campo para esquivar los postes de tiro.

Se cargó un par de ellos.

Al partir de aquel momento nadie osó reírse de Celinde y su adiestrador.

CAPÍTULO V

Habían transcurrido dos horas de prácticas.

Las flechas de Celinde ya pasaban más cerca del blanco propuesto.

El cabello de ella rozaba el rostro de Jim cada vez que él le guiaba las manos y le envolvía con el perfume que emanaba.

También sentía el suave calor del cuerpo de Celinde, to cual le producía un raro cosquilleo en la nuca.

Cuando habían disparado juntos unas cincuenta flechas, Jim la asió con fuerza y dijo:

—A ver si ahora lo consigue.

Celinde apretó los labios con fuerza.

—Oiga, ¿no cree que cada vez aprieta más el cerco?

—¿Eh?

Celinde se volvió.

—Me da la impresión de que me estrecha demasiado entre los brazos.

—Confieso que se me ha ido la mano, Celinde. Pero insisto en que me despepito porque consiga manejar este condenado arco. ¿Lo entiende bien?

—No hace falta que me grite.

—¿Quién le grita? —chilló Jim—. Usted es la que alzó el tono de voz.

—¿Yo? —vociferó Celinde—. ¡Yo nunca grito!

—Cree que trato de aprovecharme de la cercanía, que sólo trato de acariciarla, pero métase bien esto en la cabeza, muñeca… ¡Sólo me interesa que gane el premio! ¡Sólo eso!

Muchos curiosos comenzaron a acercarse.

Sin embargo, Jim se dio cuenta a tiempo y los paralizó con una

fría mirada.

Respiró entre dientes.

—Lo dicho, Celinde. Gane ese premio, aunque sea lo último que haga en su vida. Y para que se entere de una vez, no me hace maldita falta aprovecharme del adiestramiento para abrazarla. ¿Está claro, muchacha?

Se quedó con la boca abierta al notar que estaba mintiendo descaradamente.

En eso, Celinde arrojó el arco al suelo y golpeó con el pie en tierra.

—No podré, Jim.

—Sí puede, Celinde.

Ella apretó los puños presa del nerviosismo.

—¡No podré hacerlo nunca! ¡No lo conseguiré jamás! ¡No lo haré! ¡No!

Jim la tomó por los hombros y la sacudió repetidas veces con fuerza.

—Tiene que hacerlo, ¿oyes, Celinde?… ¡Tienes que hacerlo!…

—¿O qué? —sollozó Celinde.

—O… O nada, infiernos —masculló Jim.

Le pasó la mano por el cabello, porque no se le ocurría otra cosa.

—Bueno, Celinde. Lloraremos los dos un rato y luego empezaremos.

En aquel momento se escuchó la voz de un mirón.

—Escuche, hermano. ¿Quiere un consejo?

Jim alzó el rostro dispuesto a enviar al diablo al tipo.

Era un fulano de unos cuarenta años, desastrado, cara granujienta y ojos acuosos.

—¿Qué le duele, Excelencia?

—Me llamo Elías Marcomb y soy un lince para las cosas de arco.

—¿Sí?

—Ustedes están luchando contra los elementos.

—¿Quiere hablar en cristiano, Marcomb?

—La chica tiene un defecto.

—Se la va a ganar, hijo…

—Espere, Leigh.

—Conoce mi nombre, ¿eh?

—Ustedes dos se han gritado lo suficiente para que todos sepamos quienes son.

—Bueno, vacíe el buche, hermano.

Elías Marcomb dejó errante el ojo derecho que tenía tendencia a irse de lado.

—La chica es zurda.

Jim respingó y atrapó al sujeto por la pechera.

—Se la ganó, Presidente.

—¡Eh, suélteme! ¡Suélteme y se alegrará toda la vida!

—Ya es tarde, Presidente. Lo voy a empotrar en la valla.

—¡No sea loco! ¡Le estoy diciendo la verdad! ¡La chica es zurda!

Jim iba a soltarle una coz al tipo cuando escuchó la voz de Celinde.

—¿Es cierto, Jim?

—¿Eh?

Celinde se miraba las manos.

—Algo me dice que tiraría mejor con la mano opuesta.

Jim fue bajando poco a poco al tipo llamado Elías Marcomb, pero miraba perplejo a Celinde.

—¿Estás segura, muchacha?

Elías ya tocaba el suelo, y se permitió el lujo de carcajearse un poco.

—Se lo dije, Leigh. La chica es zurda para este asunto. Lo he comprobado muchas veces. El caso más chocante fue el de Pat Sanders, el campeón de 1869. Era un tipo fallón con la derecha. Pero le descubrí el defecto y, de la noche a la mañana, empezó a tirar con la otra mano y se colocó.

Celinde se mordisqueó el labio inferior.

—Verás, Jim. Lo que pasa es que ser zurda está feo para una chica y ya llevo muchos años procurando enseñar a la derecha. Prácticamente, ya he superado el defecto.

Jim gimió dolorosamente.

—¿Por qué no lo has dicho antes Celinde?

—Yo…

—Toma el arco y la flecha y pon toda la buena voluntad del mundo. ¡Y tira con los pies si es necesario para hacerlo bien!

Celinde obedeció pausadamente.

Cambió la posición de las manos, a la inversa como le había

enseñado Jim, y de repente disparó.

La flecha surcó el campo de ejercicios.

De repente se escuchó un aullido de sorpresa general.

Celinde había conseguido un blanco perfecto.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Jim, y sacudió la cabeza para cerciorarse de que era cierto y no un sueño.

Elías se carcajeaba de lo lindo. Pegaba saltos con las manos en el vientre.

—¡Siga, pequeña! ¡Siga!

Celinde fue sacando flechas del carcaj y las lanzó con un estilo muy aceptable.

A cada tiro se escuchaban exclamaciones, unas veces ahogadas y otras a grito pelado.

Por fin la muchacha agotó las reservas de flechas y ella misma se quedó boquiabierta. No había fallado una.

Jim volvió en sí y pegó un brinco.

—¡Celinde! —exclamó.

E impulsivamente abrió los brazos y la estrechó.

Ella también se dejó llevar de la alegría del momento y correspondió al abrazo.

Siguiendo la inercia de los acontecimientos, los labios de Jim se posaron en los de ella.

Luego, los dos se quedaron mirándose a los ojos.

Alrededor de ellos se batían palmas de felicitación.

Fueron interrumpidas bruscamente al escuchar una voz sarcástica que dijo:

—Ahora le demostraremos a Jim Leigh que también tenemos nosotros buena puntería.

Jim volvió y vio a tres tipos conocidos.

Eran Morris, Lamon y Freeman.

Los tres sonreían irónicamente.

Se les veían señales en la cara de la pelea sostenida en Sum City.

Esta vez también tenían las armas en la mano.

Morris carraspeó con una mano delante de la boca.

—Bueno, Jim. Ya estamos aquí cara a cara otra vez. Pero ahora no te concederemos ninguna oportunidad porque te vamos a asar sin contemplaciones ni cháchara. ¿Ya, chicos?

—Ya —contestaron Jub y Ed a coro.

CAPÍTULO VI

Las detonaciones atronaron el campo de ejercicios.

Los tres fulanos habían apuntado bajo, esperando la misma jugada de Jim, quien se agachó en Sum City escapando a la andanada.

Pero esta vez Jim cambió de táctica, y en vez de lanzarse al suelo, saltó hacia arriba.

Salvó la valla de madera y cayó al otro lado.

Escuchó las voces enfurecidas de los tres forajidos.

—¡Maldición, burló el plomo! ¡Que no se escape, muchachos!

Jim lanzó una ojeada a la derecha y comenzó a correr.

La valla terminaba veinte yardas más allá.

Saltó por aquel lado cuando los tres fulanos hacían lo que Jim esperaba. Trepaban a lo alto de la valla para buscarlo.

Los tres pistoleros comenzaron a disparar.

Jim sabía que lo atraparían, pero antes intentaría frenarlos con unos cuantos flechazos.

Dejó escapar una saeta hacia Jub quien se disponía a coserlo contra la valla.

La bala llegó mal dirigida a Jim, porque éste había hecho un blanco perfecto en la frente de Jub.

Jub bizqueó los ojos horrorizado para ver qué era aquello que le escocía de veras en la cabeza.

Y de repente se derrumbó en el suelo. Muerto.

Morris quiso acribillar a Jim.

Pero de pronto aulló lastimeramente y soltó el «Colt». No había sido Jim quien había lanzado otra flecha. Era Celinde la que había evitado la muerte de Jim atravesando el brazo de Morris con un certero dardo.

Morris chillaba como una rata y comenzó a dar vueltas en círculo, tratando de arrancarse lo que le atravesaba el brazo.

Ed demostró una dosis de enorme prudencia cuando de repente tiró el revólver como si quemara y gritó:

—¡No me atraviesen! ¡Me rindo!

Se quedó con los brazos en alto.

Jim se acercó con el arco tenso y los dientes prietos.

—Juro que me gustaría colocarte una de éstas hasta el plumero.

—¡No!

En eso llegó un sujeto de grandes bigotes, recia constitución y cara avinagrada.

—¡Alto en nombre de la Ley! —rugió.

Jim apuntó al suelo.

—Canastos, ya es un respiro ver a un *sheriff* de pelo en pecho.

El representante de la Ley en Crow Hull lanzó una mirada muy cargada de cólera a Jim Leigh.

—¿Quién diablos ha comenzado esta ensalada de balas y flechas?

—Ahí los tiene, *sheriff*. Son Morris Befford, Jub Lamon y Ed Freeman… Bueno, Jub no es. «Era».

—Maldita sea, Leigh. ¡No me venga con agudezas!

De repente pegó un salto virando hacia el muerto.

Jim alzó una ceja.

—¿Ocurre algo, *sheriff*?

—¿Ha dicho Befford, Lamon y Freeman?

—Justo, *sheriff*.

—¡Eureka! ¡Eso es estupendo, Leigh!

Jim sonrió al ver el súbito cambio de humor del *sheriff*.

—¿A qué viene tanto optimismo, *sheriff*?

—Estos tipos estuvieron por aquí el año pasado y se cargaron a uno de mis ayudantes. ¿Me deja que lo abrace, Leigh?

—Prefiero que entregue todo su amor a esa pareja de asesinos.

—¡Jojo! —Hizo el *sheriff* y guiñó un ojo—. ¡Entiendo perfectamente! Juro que los cubriré de caricias.

Se fue hacia los dos supervivientes y agregó:

—Andando, pajarracos. Llegó la hora de purgar culpas.

Los tres albaceas testamentarios llegaron dando trompicones unos con otros.

—¡Leigh! —exclamó el grandote Morris—. ¡Menudo susto nos ha pegado!

El rubito Terry se acercó, incapaz de disimular el tembleque que lo acometió.

—Por un momento nos figuramos que aquí terminaba nuestra supervivencia de albaceas, Leigh.

Orrin, el más renegón de los Bull, rezongó con la cara arrugada.

—Lo mejor será que busquemos un lugar adecuado para que nadie nos sorprenda. ¿Qué les parece el «Hotel La Marmota»? Está situado junto a la oficina del *sheriff* y ello nos procurará la debida protección.

—Sea en el «Marmota» —concedió Jim.

Y los dos herederos de Geo Evans con sus tres albaceas testamentarios se dirigieron resueltamente al hotel.

Ninguno de ellos vio a una pareja de sujetos que no los perdía de vista.

Capítulo VII

Sam Cravenor se hallaba repantigado en una mecedora, los ojos cerrados, disfrutando del fresquísimo viento que corría en la terraza del rancho «El Arco y la Flecha».

En un momento dado abrió los ojos al escuchar la voz de Burton, el rubio capataz y traía un periódico en la mano.

—¡Sam! ¡Mira esto…! ¡Mira lo que dice la «Crónica de Crow Hull»!

Leyó los grandes titulares que decían:

> «Sorpresa en el Concurso “Robin HOOD” Celinde Calvery la Revelacion del Noble Deporte del Arco».

—¡Maldición! ¡No es posible!

—Lo es, Sam.

—¿Cómo demonios puede hacer todo esto la fulana?

El rubio Burton Shesman hizo una mueca.

—Conque teníamos ganada la partida en Crow Hull, ¿eh?

Sam tenía ahora los ojos abiertos de par en par.

Tiró el periódico con rabia.

—¡Dime cómo pudo hacer eso la muchacha! ¡Dímelo, Burt!

—No sé más que tú, Sam. Recogí el periódico en la Glicina de Correos y desde allí vengo de muestra.

Sam se puso en pie con tal violencia que volcó la mecedora.

—Estamos con el agua al cuello, muchacho. ¿Lo ves tan claro como yo?

—Lo veo más espeso.

—¿Cómo?

—¿Por qué no le echas un vistazo a la página de «Sucesos»?

El ojo derecho de Sam miró con sospecha al capataz.

—¿Qué dicen los sucesos, Burt?

El rubio carraspeó.

—Hablan del pájaro pinto.

—¿De Jim Leigh?

—No hace falta que lo tomes otra vez —dijo Burt al ver que Sam se lanzaba hacia el periódico tirando—. Es muy escueto y lo recuerdo como si me lo hubieran grabado con un hierro de marcar.

—Escupe… ¡Habla de una vez, demonios!

—Leigh sufrió otra agresión en Crow Hull.

—¿De veras?

—Sí. Pero no te entusiasmes. Leigh se enfrentó de nuevo con aquellos piojosos que querían su pí… Esta vez no hubo puñetazos. Se puso en el aire plomo del bueno.

—¡Plomo! ¿Cómo pudo escapar Leigh?

Burton resolló apenado.

—Ese tipo es un lanudo que déjalo correr, Sam. ¿A que no adivinas cómo escurrió el bulto, cómo se libró de las raciones de plomo?

—Maldito seas, Burt. ¡Habla de una vez! Cuando quiera adivinanzas, leeré la página recreativa del «Crónica de Crow Hull».

—Pues detuvo la agresión mandando una flecha a uno de los tipos que le dio justo entre los cuernos.

—No.

—Y por si faltaba poco, la mansa Celinde atravesó un brazo a otro de los piojosos.

—¡No!… ¡No, infiernos!

—Agarra el periódico si quieres cerciorarte.

Sam dio una patada en el suelo.

—Maldita sea. ¡Lo que no entiendo es cómo se las ingenia para ir cumpliendo las cláusulas del testamento! Una vez que Leigh tiene que defenderse, lo hace con un arco y una flecha en vez de echar mano al revólver.

—¿Te crees que es tonto? El tipo sabe que no puede tocar un arma de fuego. Por eso atrapó el arco y la flecha y le salió redondo. Para postre, la perita en dulce va y le echa un cable. ¿Qué tal el panorama?

—Dios santo… No puede salirles todo bien.

—Pues como se presentan las cosas, ten por seguro que la pera en dulce ganará el Premio. Ahora nos salen con que es zurda y eso le presta gran puntería ¿No te escuece?

Sam dio un ronco respingo, los ojos cerrados.

—¿Zurda? —Galleó, perplejo.

—Donde pone el ojo pone la flecha —asintió el rubio amargamente—. Resulta que los apostadores se vuelven locos admitiendo pasta a favor de la tiradora del día.

Sam daba vueltas y vueltas por la terraza.

—Que me crucifiquen cabeza abajo. ¿Te das cuenta lo que pasará si esa pareja de suertudos llega a hacerse cargo del rancho Burt?

—No me hace falta una bola de adivinar para verlo claro. Tú y yo nos veremos de patitas en la calle.

—¡Exactamente, Burt!

—Lo único que nos mantendría aquí sería si la herencia pasa a manos de establecimientos benéficos, Clubes de Arqueros y monsergas por el estilo.

Sam atrapó el brazo de su capataz y lo sacudió.

—Has dado en el clavo. Tengo a un par de peces gordos de la capital que conseguirían que tú y yo quedáramos al frente de este rancho para administrarlo. Eso duraría tanto como tardáramos en sacarle el jugo a esta magnífica propiedad. Desde luego, los peces gordos exigen un diez por ciento de los trapicheos que hagamos acá. ¿Pero te figuras lo que será este rancho cuando quede a nuestro cargo?

—Será jauja, Sam. Ya lo hemos hablado muchas veces.

—¡Por eso tenemos que conseguir que esa pareja pierda la herencia!

—Sam —suspiró el rubio—. Se impone que tú y yo vayamos ahora mismo a Crow Hull para menear debidamente el caldo.

—¿Quieres decir para actuar directamente y que la pareja empiece a sufrir percances?

—Justo, Sam. No veo otra salida.

De repente, se volvió chascando los dedos hacia Burt.

—Ya lo tengo.

—¿Eh? ¿Qué es lo que tienes, Sam?

—Hay una persona que puede echarnos un buen cable en Crow Hull. Una persona de confianza.

—¿Un pistolero? Deséchalo, Sam. Es demasiado pronto para que tomemos la decisión del gatillo.

—Calla, tarugo —sonrió Sam misterioso—. Me estoy refiriendo a una mujer.

—¿Una fulana?

—Nada de fulana, Burt. Se trata de una señora con toda la barba.

—Infiernos, me estás tomando el pelo.

—¿Te hablé alguna vez de Magde Blesson?

—Me has hablado de tantas…

Sam rió.

—Magde también fue mi amor… De esto hace quince años. Ahora… Bueno, ahora sólo nos une una amistad inquebrantable a través del tiempo y del espacio.

—Oye, ahora la filosofía.

—Me gustaría que la conocieras, Burt. Sí que me gustaría. Y de momento, le vas a mandar un telegrama utilizando la misma clave que usamos para la venta de ganado bajo mano.

—Pero ¿quién es esa Magde Blesson?

Los ojos de Sam Cravenor se iluminaron con el rescoldo de un amor pasado. Treinta y cuatro mujeres que pasaron más tarde por sus manos no habían apagado el afecto.

—Magde Blesson es la mujer más admirable del mundo, la más inteligente, la más fuerte, la más bella, la más…

* * *

—¡Soy la mujer más importante en Crow Hull! —gritó Magde Blesson pegando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¿Lo oyes estúpido?

—Sí, señora Blesson.

—¡La persona más poderosa de esta ciudad y en varias de los contornos! ¿Te enteras, Al?

—Sí, señora Blesson.

—Ahora dile todo eso al esperpento que me ha pedido audiencia y, cuando se le meta en la cabeza, lo empujas a mi despacho para que le vea la cara.

—Sí… sí, señora Blesson. —Al cabeceó varias veces y se alejó trotando hacia la puerta.

Permaneció unos minutos fuera.

Pasados tres más, la puerta se abrió con cierta fuerza.

En el hueco destacó un sujeto de unos cuarenta años, cara torcida, expresión fanfarrona y ojos burlones.

Masticó ostensible un palillo sin quitar ojos de la gruesa mujer.

—Yo soy Tadeus Morrison, princesa.

Los ojos de Magde recorrieron al tipo hasta la última fibra visible, y probablemente alguna invisible.

—Conque usted es el cerdo que pretendió cantarme las cuarenta, ¿eh?

Morrison chascó la lengua.

Cerró la puerta con el pie.

—Escuche, Princesa. Dejémonos de requisitos y vayamos al grano.

—Hale, vacíe el buche.

—A eso voy.

—Pero tenga cuidado porque puedo olvidar que soy una dama y eso le proporcionaría un buen susto.

Morrison soltó una risita cachazuda.

—Mire, princesa. No tengo nada contra usted personalmente. Lo único que me pasa es que nunca me gustaron los caciques. ¿Se entera? Y me parece que usted es una cosa de esas aquí en Crow Hull.

Magde entreabrió la boca ante el descaro del fulano.

Se aferró con fuerza al canto de la mesa y ello le proporcionó el debido control.

—Vamos —dijo entre dientes—. Escupa de una vez, pájaro.

Morrison se trasladó el mondadientes al otro lado.

Tomó asiento en el canto de la mesa.

—Usted es el principal Jurado del Premio «Robin Hood».

—¿Y qué?

—Usted y sus congéneres estarán encargados de la revisión de flechas.

—¿Y qué?

—Usted hará la vista gorda cuando vea las flechas que yo presente. Irán con mayor plumero para tomar velocidad y conseguir

perfecta puntería.

—¿Y?

Morrison sonrió tratando de ser siniestro.

—Si no hace la vista gorda, señora Blesson, yo, Tadeus Morrison, la denunciaré a las autoridades de la capital acerca del tráfico ilegal de reses, mujeres, negros y marihuana.

En el despacho se produjo un largo silencio.

Morrison observaba con interés a la gruesa mujer.

Ella simulaba más que nunca una especie de buda benigno, que parecía considerar las palabras de Morrison.

Éste emitió su fea risita y agregó:

—¿Qué? ¿Verdad que se ha quedado de piedra? ¿Verdad que dará por buenos mis dardos? ¿Qué me contesta?

—Le daré la respuesta inmediatamente —esbozó una sonrisa la señora Blesson.

Y dio la vuelta a la mesa.

De repente alargó uno de sus sólidos brazos.

Atrapó la mano de Morrison como si fuera a sellar un pacto.

Morrison se dio cuenta demasiado tarde y protestó cuando ya estaba en pleno vuelo.

Chilló.

Cuando Magde lo soltó, lo hizo inesperadamente.

Morrison atravesó todo el despacho, que era muy amplio.

Y pegó de cabeza en un fichero metálico.

Lo tomó ahora por el cuello e hizo molinete.

Morrison viajó de nuevo por el ambiente de la estancia.

Acabó chascando la cara contra la dura pared de ladrillo y el hueso de sus narices crujió siniestramente.

Magde le aplicó un patadón a las costillas.

Y sin usar las manos se los enderezó.

Luego, le atizó un tremendo revés semejante al coletazo de una ballena.

Gracias a que la puerta del despacho fue abierta oportunamente por Al, el cuerpo de Morrison no arrambló con la vidriera.

Salió con mucha limpieza por el hueco.

Se le escuchó rodar muy aprisa escaleras abajo.

Cuando llegó al rellano. Magde ya estaba sentada en el sillón del escritorio.

Miró ceñuda a Al quien se hallaba con la boca abierta.

—Sácalo a la calle y, si está en condiciones de escuchar, le dices que meditaré la respuesta. Andando, Al.

—¡Ya le doy a las piernas! —exclamó el tipejo a las órdenes de Magde moviéndose como un muñeco mecánico.

Poco después, regresó Al sacudiéndose las manos de polvo.

Extrajo un telegrama del bolsillo.

—Es del señor Cravenor, de Sun City.

El rostro de Magde se iluminó.

—¡Sam! ¡Sam Cravenor! ¡Trae que lo lea, amor mío!

Al se apresuró a largarle el mensaje.

Y cuando Magde le dio lectura, se fue calmando poco a poco y acabó convertida en mieles.

—Búscame a un tipo llamado Jim Leigh, Al.

—¿Qué es lo que hago? —exclamó Al saliendo como un rayo.

Magde cerró los ojos y posó el telegrama sobre el pecho.

Creía notar el calor de Sam Cravenor.

CAPÍTULO VIII

Jim Leig y Terry, el menor de los hermanos Bull, ocupaban la misma habitación del «Hotel La Marmota». Jim se enjugaba el rostro después de afeitarse.

Volvió a mirar por tercera vez a Terry y sonrió.

El rubio dormía como un bendito.

Como Terry se hallaba roncando para rato, decidió dar un paseo por la ciudad aprovechando la falta de vigilancia del rubio que se le pegaba a los talones.

Llegó a la calle y dio un respingo.

Maldijo para su interior.

Le habría gustado conocer a aquella beldad, hablar, intimar…

De repente vio a un viejo que lo miraba alelado.

Pero el viejo le señaló hacia la calle mayor, y agregó un guiño.

Jim soltó medio dólar que el anciano recibió con alborozo.

Jim Leigh estaba a punto de doblar la esquina cuando la vio. Se le hizo la boca agua porque de cerca estaba aún mejor.

Se trataba de una suculenta rubia, bien torneada de caderas, ojos picarescos y cargada de electricidad porque parecía moverse a sacudidas.

Ella movió un poco más el polisón y Jim fue tras ella para darle alcance.

—Escuche, bombón. ¿Todo eso es suyo o le ha prestado algo su prima hermana?

La rubia se echó a reír y, al compás de la risa, disminuyó la marcha.

—La verdad es que yo soy la que le presta a mi prima porque tengo demasiado.

—Ya lo puede decir. Oiga, ¿y no queda nada para los pobres?

—¿Es usted el pobre? —Abanicó ella las pestañas.

—¿Es que no me ve la cara? Estoy de lo más necesitado.

—Nadie lo diría. Los tipos tan bien plantados como usted tienen todo lo que quieren.

Jim echó a andar lentamente al lado de ella.

—¿Usted cree?

—Sólo tiene que pedirlo.

—Bueno, pues deme, bombón.

—Ése es mi apellido. Pero llámeme Eva que es mi nombre.

—Y el mío, Jim Leigh —miró de pronto a su alrededor—. Eh, ¿cómo nos hemos metido en este callejón?

—Es que tengo mi apartamento ahí arriba. Seguro que le gustaría tomar un trago conmigo.

—Me gustaría tomar varios, Eva. Conque acepto.

—Oh, ¿podría ayudarme a subir? Creo que tengo el tobillo torcido. O tal vez un hueso roto.

—¿Usted huesos? —sonrió Jim, quien ya la había atrapado entre sus fuertes brazos y la izaba—. Yo aseguraría que no tiene ni siquiera esqueleto como el resto de la gente.

—Qué fino…

Ella se le aferró al cuello con fuerza, aunque no corría ningún peligro de caerse.

Indicó la única puerta del rellano y Jim empujó con el pie.

—¿Quiere depositarme en la cama, Jim? Necesito revisarme el tobillo…

—¿Y para qué estoy aquí, Eva? De ese tobillo me encargo yo… y del otro.

Eva rió.

—Cuidado que eres tonto.

Jim siguió riendo también, y de repente no le gustó nada el tono con que ella había dicho lo de «tonto». La palabrita tan apropiada en ciertos casos carecía de la miel apropiada.

—Vaya que es tonto —dijo una voz masculina por detrás de Jim.

Entonces Jim comprendió la falta de miel.

Volvióse y vio a dos tipos con sendos revólveres en la mano.

Jim apretó las mandíbulas.

Soltó una risita seca y forzada.

—Soy el tipo más listo del mundo, amigos.

Eva rió tras él.

—Muchachos, mordió el queso como un ratoncito.

Los dos tipos rieron broncamente.

El más alto ladeó la cabeza.

—Es que cualquiera caería, Eva. El hombre tiene derecho a ser un perfecto imbécil cuando se encuentra con un monumento como tú.

El regordete que secundaba al alto carraspeó.

—Bueno, menos cháchara y procedamos a la ejecución. Luego ya habrá tiempo de comprobar si Eva vale tanto en la práctica. ¿Sí, Mitch?

El alto Mitch enderezó la cabeza y sonrió más ampliamente.

—Procuramos hacer un trabajo con adornos. Tab. Vamos a tratar de meter a Leigh bajo de la cama a balazo limpio. ¿Hace?

—Y, luego, le arreglaremos el tobillo a Eva.

—Eh, ¿qué pito tocan ustedes aquí?

Mitch lo miró con fijeza.

—Bueno, se nos olvidaba, Leigh. Usted es un chico muy revoltoso y ya es hora de que reciba lo suyo.

—Por eso me tendieron la trampa.

Eva se puso un poco nerviosa.

—¿Para qué le dan conversación? ¿Quieren que les pegue un susto como a los del campo de tiro?

—De modo que estás en el asunto, ¿eh? —dijo Jim.

Mitch enseñó unos dientes llenos de caries.

—Sí, Leigh. ¿Y quién no está al corriente de sus hazañas?

—No creí que fuese tan popular.

—Lo es, Leigh. Usted se presenta en Crow Hull, así de repente con una amazona que deja a todos de piedra con su puntería. Y usted es su adiestrador misterioso. Para postre, se carga a tres ases de la mala vida. ¿No quiere ser el hombre del día?

Jim abrió y cerró las manos.

El movimiento fue advertido por Mitch quien soltó una risita maligna.

—¿Siente no tener armas en la mano, eh?

—Daría un brazo por ello.

—¿También daría su herencia?

—Ya. Lo saben todo.

Mitch chascó la lengua.

—Muchacho —dijo—. Nosotros estamos enterados hasta de la cantidad de papilla que le daban de chico. Medio vaso cada hora.

—Vaya. Dos sabuesos de los buenos.

Mitch cabeceó.

—Hemos recopilado su vida en unas cuantas páginas de nuestra agenda de bolsillo. Por ejemplo, usted tenía ciertos disgustillos con Perkins, el hombre de las cejas blancas. Sus chicos estaban hartos de que usted les arruinara los golpes. Por pura afición, por mortificarlos, usted los asaltaba después de los asaltos y les quitaba el botín. ¿Lo atrapaba para usted? Nada de eso, Leigh. Lo devolvía a las autoridades y luego hacía muecas burlonas a los de Perkins cuando se los echaba a la cara. Usted se cargó a varios de ellos.

—Me estoy aburriendo, Mitch.

—Lo mismo ocurrió con Morris, Jub y Ed. También los fastidiaba de lo lindo. Ellos le buscaban por todos lados pero siempre los burló.

—Todo eso lo sé, Mitch.

El tipo sonrió volviendo a mostrar el detestable espectáculo de sus dientes a la miseria.

—Esta relación es como esas imágenes que pasan fugaces por la mente de los moribundos. Recuerdan las cosas más prominentes de su vida.

—Ya. Usted quiere decir que voy a morir.

—En esta hermosa habitación con vistas a un principal callejón de Crow Hull.

Eva se movía llena de impaciencia.

—Me voy —dijo entre dientes—. Y vosotros podéis iros al diablo.

Mitch la atrapó por la muñeca.

—¿Qué prisa tienes, pequeña? Ya hemos hablado de divertirnos un poco los tres.

—¿Con Leigh patas arriba?

—También hablamos de que lo meteremos bajo la cama para evitar el mal efecto.

—Suelta Mitch.

—Ande, déjela, Mitch —intervino Leigh—. La muchacha no está vacunada contra la tiña y usted la toca demasiado.

—¿Eh?

El rechoncho Tab lanzó una imprecación entre dientes.

—Te insultó Mitch. Y eso no se lo hacen a un amigo mío ante mis narices. Bueno, se acabó Jim Leigh, el hombre que se los comía crudos.

Eva forcejeó para librarse de la zarpa de Mitch porque tuvo miedo de que se escapara algún plomo y le tocara sin número.

Mitch la zarandeó un poco y entonces ella se interpuso entre Jim y los pistoleros.

Era lo que estaba pidiendo Jim al cielo desde hacía rato.

Lo que hizo fue sallar sobre el somier.

Y sonó la primera andanada.

Mitch maldecía porque pretendía apartar a la chica y ensartar a Jim, todo al mismo tiempo.

De repente, un puño se encontró en su cara.

El chasquido sonó a coro con un estruendo del revólver del rechoncho.

Mitch saltó atrás, rebotó contra la pared y perdió el «Colt» en el viaje.

Jim pudo inclinarse, tomar el arma y darle al rechoncho lo que se merecía.

Pero interrumpió el movimiento de la mano recordando la cláusula del testamento.

Por eso lanzó un patadón al vientre del rollizo.

Éste dio un brinco de rana. Incluso se puso a croar mientras su rostro adquiría un feo color de batracio de laguna.

Como estaba la mar de desagradable, Jim lo sacó de escena con un simple derechazo que sonó a petardo.

El regordete salió por la ventana.

Jim se revolvió y lanzó el puño casi a ciegas.

Pero encontró otra cara.

Era la de Mitch que ya gateaba para recuperar el arma.

Mitch dio el salto de la pantera y salió a través de la puerta.

Eva se puso a chillar desaforadamente cuando se cercioró de que todo aquello no era una broma.

Lo que más la impresionó fue Jim Leigh cuando le dirigió una fría sonrisa.

—Ha llegado la hora de contarnos las penas, preciosidad.

—No.

—De modo que me tragué el anzuelo y todo, ¿eh?

—¡Ellos me obligaron! ¡Me obligaron! ¡Me amenazaron!

Jim se rascó la cabeza.

—Demonios, eso lo he escuchado en un montón de dramas, en los teatros de tercera categoría.

—Es cierto, señor Leigh.

Jim la tomó por la muñeca y trató de ponerse amenazador.

—¿Quién montó todo esto? Por última vez, Eva.

Ella se derrumbó de pronto en brazos de Jim y se puso a llorar.

—Fue Magde Blesson. Ella lo planeó todo.

—¿Magde Blesson? ¿Quién diablos es?

Eva seguía abrazada y de pronto alzó el rostro sonriente.

—Pongámonos cómodos y te lo contaré.

—Te creeré por segunda vez.

—Además me duele el tobillo, ahora de verdad.

—Del tobillo me encargo yo —dijo Jim.

Y seguidamente encajó como pudo la puerta y se dispuso a que Eva le hiciera confidencias.

CAPÍTULO IX

Magde Blesson estaba tendida en un sofá, la cabeza en un almohadón, los ojos semicerrados.

Al Talbot, su esbirro, le hacía aire con un abanico confeccionado con plumas de avestruz.

—No tan de prisa, Al —murmuró Magde—. Deja que llegue a mis pulmones cada ráfaga…

—Sí, jefe.

—Al, estoy volviendo a mi infancia.

—Daría cualquier cosa por encontrarme otra vez a Sam… ¿Me oyes, Al?

—Sí, jefe.

—Tenías que haberlo visto con su traje y su sombrero nuevo hace unos cuantos años… Qué buen mozo. Hombres como él abundan muy poco.

—Hablando de hombres extraordinarios, he oído decir que ese Jim Leigh es un tipo digno de tener en cuenta.

—¿Qué es lo que ha hecho?…

—Usted lo sabe tan bien como yo.

—Correr como una liebre cada vez que le envían una bala.

—Pero hasta ahora se libró de ellas.

—No se librará de los plomos que le envíen nuestros queridos amigos Mitch y Tab.

De repente les llegó una voz de la puerta.

—Apuesto a que Jim Leigh se libra de los dos.

Magde dio un respingo y se incorporó ligeramente sobre el sofá mirando hacia la puerta.

Al dejó de abanicarla y miró en la misma dirección.

En el hueco había un hombre joven que sonreía con los labios y

con los ojos.

—¿No leyó el cartel de la puerta? —dijo Magde—. Mi oficina sólo está abierta de seis a ocho. Ahora son las cuatro y media. Estoy durmiendo la siesta.

—Entonces despierte, Magde. Soy Jim Leigh.

Magde y Al permanecieron inmóviles como arenques.

Jim Leigh cerró la puerta y se adelantó siempre sonriente hacia el sofá.

—Al —dijo Magde casi sin mover los labios—. Sacúdele a este mequetrefe un puñetazo y empótralo en la sección de Asuntos Varios. Me ocuparé de él a las cinco y media, después que resuelva las reclamaciones de esos tipos que hicieron donación de sus terrenos para el nuevo hospital.

—Sí, jefe. Ahora mismo.

—Date prisa. Tengo que dormir.

Al dejó caer el abanico y se enderezó.

Jim estaba frente a él y ni siquiera había levantado los brazos.

—Será como pegarle a un muñeco, patrón —dijo Al y envió su puño derecho.

Jim dio un rápido salto y Talbot, al golpear en el vacío, adquirió una terrible velocidad vendo a parar cerca de la puerta.

Jim fue tras de él y cuando Al se volvía le soltó un zurdazo en el mentón.

Talbot lanzó un aullido y voló hacia el archivo.

Obedeció ciegamente la ley de la gravedad y se derrumbó estrellando la cabeza contra un cajón que, por un descuido, había quedado mal cerrado.

Bizqueó con los ojos y finalmente se despatarró quedando inerte.

Jim se volvió palmeándose las manos.

—Magde, hubo un pequeño error que usted sabrá disculpar… Talbot no le servirá como señal para la sección de Asuntos Varios. Calculó mal la distancia y fue a parar a la sección de Robos y Asesinatos.

Magde miró a su visitante con la boca abierta, como si fuese un fantasma.

—¿Cómo lo ha hecho, señor Leigh?

—Igual que siempre. Yo pongo los puños y ellos hacen lo demás.

—Señor Leigh, voy a contar hasta cinco y, si para entonces no se

ha marchado, lo denunciaré al *sheriff*.

—¿En qué va a basar la denuncia?

—Violación de domicilio.

—Oh, señora Blesson, olvidé por un momento que trataba con una dama fiel cumplidora de las leyes…

—Ya está tardando demasiado en borrar sus huellas de este apartamiento.

Jim se llegó junto a ella y le apuntó a la cara con el dedo índice.

—Magde, usted es algo revoltosa.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Me envió dos fulanos para que me hiciesen una operación de apéndice con plomo candente.

—No sé nada de eso.

—Usted no es la mitad de lista que cree ser, Magde, y, por si lo olvida, escuché lo que decía a su esbirro con respecto a mí. Los tipos son Mitch y Tab.

—Sigo sin saber a qué se refiere —insistió ella con terquedad.

—Muy bien Magde. No vamos a discutir por eso. Si usted fuese un hombre, la colgaría por las orejas de la lámpara a pesar de sus ciento cincuenta kilos de peso.

—Ciento diez. —Le rectificó Magde.

—Ciento cincuenta, porque le hubiese atado a los tobillos la estatua de bronce que descubrí en la antesala.

—Usted es un salvaje, señor Leigh.

—No vine aquí a decirle lindezas a cambio de las suyas, Magde. Sólo me llegué para advertirle que me deje en paz. A la próxima vez que me envíe matones, no la salvará su sexo ni sus kilos. —Le palmeó en la paletina—. Hágame caso, Magde. Dedíquese a sus trapicheos y olvídese de que existo.

Magde estaba llena de furia y asombrada.

Jim se agachó, tomó el abanico de plumas de avestruz del suelo y lo puso en la mano de la mujer.

—Si se da aire con un poco de prisa, es posible que no se desmaye.

Seguidamente, Jim Leigh dio media vuelta y salió de la estancia.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Magde se dejó caer en el almohadón.

—¡Al! ¡El frasco de sales!

Al Talbot recuperó el conocimiento y se levantó aturdido.

—¿Qué ha pasado?

—Imbécil, ¿es que no te acuerdas?

—Soñé que un tipo me zumbaba.

—No fue un sueño, estúpido, sino realidad. Jim Leigh se llegó aquí y te dejó fuera de combate. Lo peor de todo es que lo consiguió con un solo golpe.

Talbot se tocó el maxilar inferior.

—Jefe, usted dirá lo que quiera, pero ahora lo recuerdo y tuve la impresión de que me coceaba una mula.

Magde alargó la mano y atrapó por el cuello a su subordinado.

—Cuidado, jefe, que me estrangula.

—Es lo que debería hacer contigo por no haberme defendido como es tu deber, Al.

—¿Se da cuenta de lo que le dije, jefe? Jim Leigh se libró también de Mitch y de Tab… Y si ellos, que son unos asesinos profesionales, no pudieron con Leigh, ¿qué quería que hiciese yo?…

—Te voy a arrancar la piel, Al… Eso es lo que voy a hacer contigo. Fuiste tú quien me trajiste a Mitch y a Tab y han resultado dos desgraciados.

—Ya trabajaron para usted en un par de ocasiones y quedó muy satisfecha… Usted misma los felicitó personalmente.

—Cierra el pico, Al, o te lo cierro yo.

—Sí, jefe.

—Vete a traerme un *whisky*, pero que sea doble. Lo necesito.

Al corrió a la habitación cercana y al poco rato regresó con el vaso de *whisky*.

Magde se había sentado en el sofá.

Estaba bebiendo un trago cuando la puerta se abrió de golpe.

Talbot estaba de espaldas y lanzó un grito porque pensó que se trataba de Jim Leigh que regresaba.

Pero Magde vio al visitante porque se encontraba frente al hueco y sintió que el corazón le galopaba dentro de su pecho.

—¡Sam! —exclamó—. ¡Sam Cravenor!…

El administrador de «El Arco y la Flecha» sonrió abriendo los brazos.

—Vuelva, palomita.

Magde emitió extraños sonidos por la boca, semejantes al

cloqueo de una gallina, y trató de correr.

Sam arrugó el ceño.

—Infiernos, Magde, pero cuánto has engordado…

—Sólo cuarenta kilos, Sam… Te lo juro.

Fueron al encuentro uno del otro y abrazáronse.

—Sam deja que te vea… Demonios, el tiempo no pasa para ti… Sigues siendo el mismo buen mozo que yo conocí… Eres un pillastre, siempre has debido darte buena vida… ¿Verdad que es eso?

—No puedo negarlo, Magde, pero el futura ha de ser mucho mejor.

Burton Shesman, el capataz, carraspeó desde la puerta.

—Ah, entra Burton —dijo Magde y a continuación hizo las presentaciones—. Burton es un estupendo colaborador, Magde… ¿Sabes lo que le decía durante el viaje?… Que cuando llegásemos aquí nos darías una buena noticia con respecto al tipo que te recomendé.

—Te refieres a Jim Leigh.

—Sí, desde luego. Aseguré a Burton que Jim Leigh debe llevar muchas horas descansando el sueño eterno.

Magde bajó la mirada al suelo, guardando un silencio.

Sam Cravenor arrugó el ceño al no llegarle respuesta.

—¿Qué pasa, Magde?… ¿Me vas a decir que fracasaste?

—Sam, ¿tuviste noticia alguna vez de que Magde Blesson fracasase en alguna empresa?

—No, en ninguna, por eso me extrañaría que ocurriese por primera vez.

—No ocurrirá.

—Eso quiere decir que Jim Leigh sigue vivo.

—Sí, pero por poco tiempo.

Burton carraspeó llamando la atención.

—Sam, creo que hemos enfocado mal este problema.

—¿Qué infiernos quieres decir? —rezongó Cravenor.

—Hemos de olvidar a Jim Leigh.

—¿Eh?

—En este asunto hay dos herederos, un hombre y una mujer. Nosotros, instintivamente, hemos prestado atención al hombre y nos lo hemos querido cargar a las primeras de cambio… Confieso

que yo también me obsesioné con la idea de que Jim Leigh fuese enviado al infierno cuanto antes, pero ahora me he percatado de que estamos cometiendo la mayor de las tonterías… Contéstame, Sam, ¿qué pasaría si Celinde Calvery no ganase el concurso «Robín Hood»?

Los ojos de Sam se iluminaron.

—Que ninguno de los dos podría heredar. El rancho «El Arco y la Flecha» pasaría a las asociaciones deportivas de arqueros y a las entidades benéficas.

—Ahí lo tienes todo resuelto. La chica no gana y los dos pierden la herencia. ¿Qué infiernos nos importa a nosotros que Jim Leigh siga vivo?… Además, ¿por qué preocuparnos tamo de él si hay forajidos como hojas tiene una lechuga que van en su búsqueda para cargárselo aprovechando que está sin revólver?

Sam lanzó una carcajada palmeando al capataz.

—Burton, ¿cómo es posible que una cosa tan sencilla no la hayamos visto a la primera?… ¡Al diablo con Jim Leigh! Ahora de quien tenemos que ocuparnos es de Celinde Calvery. ¡Ella no ganará ese concurso! ¡Juro que no!

CAPÍTULO X

Spencer
O'Malley,
el presidente del club de Arqueros de Crow Hull, que patrocinaba el premio «Robin Hood», se levantó.

Entre el público, arqueros que iban a tomar parte en la competición y espectadores que por centenares habían llegado para no perderse el acontecimiento, se produjo un fuerte cuchicheo.

—Amigos todos —dijo—; se va a iniciar el gran concurso «Robin Hood», el de mayor prestigio en Texas y por tanto del país.
O'Malley
levantó la mano con aire modesto para acallar los aplausos.

—Amigos, éste es un gran día para Crow Hull. Todos vosotros lo sabéis… La fama de nuestra competición cada día se difunde más. Llega hasta allende los mares… De Berna, Suiza, me ha llegado una carta de un mecánico relojero interesándose en el concurso y aunque parezca increíble, he recibido otra de un presidiario que cumple condena a perpetuidad en Siberia por orden del Zar.

Hubo nuevas risas que
O'Malley
esta vez cortó con una voz que se pareció al trueno.

—Pero este año falta un hombre… sí, amigos míos. El hombre a quien debemos esta maravillosa realidad. Sin él no existirían los clubs de Arqueros de Texas, sin él no existiría el premio «Robin Hood»… ¡Estoy hablando de Geoffrey Meredith Gussman Evans!

Estalló una ovación.

Cuatro nubes y un cuervo sobrevolaron la explanada.
O'Malley
prosiguió:

—Éste es el primer año, Geo, que tú no estás aquí físicamente. Por eso quiero enviarte un mensaje, un mensaje que yo lanzo con mi flecha, tensando mi arco para que te llegue cuanto antes y sin ningún tropiezo. El mensaje es el siguiente —hizo una pausa, pero en sus manos no apareció arco ni flecha alguno. Hinchó los pulmones de aire y dijo—: Tus amigos no te olvidan.

Se produjo una fuerte ovación.

El desastrado Elías Marcomb, uno de los más entendidos en arcos y flechas de Crow Hull, le pegó un tiento a la botella y codeó a su vecino, sin lijarse en él:

—Al bueno de Geo le gustaba más el *whisky* que los discursos y ahora le están soltando uno que lo va a volver loco…

Casualmente a quien había pegado con el codo era a la señora Lucy Nelson, de la Liga Antialcohólica.

—Deberían avergonzarle esas palabras, señor Marcomb.

—Oh, perdone, duquesa… No sabía que estaba aquí.

—Todos los jueves lo estamos esperando, señor Marcomb.

—¿Me está dando una cita, señora Nelson?

Ella levantó la barbilla.

—Sí, en nuestro local de la Liga.

Elías le guiñó un ojo.

—Esa casa está demasiado a la vista… ¿Qué le parece el hotel que hay al lado de la casa de baños de Mc Ready?…

—¡Señor Marcomb!… Yo soy una viuda… Una viuda como deben ser las viudas.

Marcomb se dijo que la señora Nelson era una mujer estupenda con sus treinta y cinco años, sus ojos en los que ardía una chispa y su cuerpo escultural.

—Piénselo, señora Nelson. Y cuando haya decidido redimirme, páseme el aviso.

La señora Nelson se abanicó sofocada y dejó de prestar atención a Elías para escuchar al señor O'Malley, quien, después de sus elocuentes palabras dedicadas al difunto Geo Evans, anunció:

—Va a comenzar el premio «Robin Hood» para arqueros masculinos y femeninos… Todos ustedes saben que este concurso consta de dos partes. En la primera se efectúa la selección de los

competidores. Cada uno de ellos ha de disparar cuatro flechas desde una distancia de veinte yardas. Todos aquellos que no consigan un mínimo de 500 puntos serán automáticamente eliminados. Una vez realizada esta prueba de selección, los concursantes pasarán a la segunda parte. Constará de tres ejercicios, lanzamiento de flechas a una distancia de treinta, cuarenta y cincuenta yardas, respectivamente. En cada una de ellas el concursante disparará seis flechas. Al final de cada prueba se hará una clasificación que irá variando según la puntuación alcanzada… Señoras y caballeros, va a empezar la prueba de selección. Yo doy desde aquí las gracias a cuantos participan en este magnífico concurso, a los forasteros, a los vecinos de Crow Hull… y a todos les digo: ¡Que gane el mejor!

Una ovación más fuerte que las anteriores cerró el discurso de Spencer
O'Malley.

Elías Marcomb se sentó a la sombra de su barril, detrás del grupo de espectadores y le dio otro tiento a la botella.

Dos hombres hablaban a su espalda.

—¿Cuál de ellas es, Slim?

—La del vestido verde…

—¡Demonios, Slim! Es una mujer de campeonato.

—Por eso toma parte en éste —dijo el llamado Slim y soltó una carcajada.

Su compañero lo coreó.

—¿Dónde le colocamos el dardo, Roger?

—Bueno, hay una parte de su cuerpo que sobresale del resto.

—¿Por detrás o por delante?

—Por detrás.

—Sí, está claro. No podemos fallar. La chica está bien acondicionada y no trajo polisón para tener más libertad de movimientos.

—Canastos, apuesto a que tampoco lleva corsé… Ese vestido verde es una segunda piel.

—No te encandiles, muchacho. Recuerda cuál es nuestra obligación.

—Sí, vamos.

Elías Marcomb asomó la cabeza por el barril y vio a los dos tipos que se alejaban. El uno era rubio. El otro pelirrojo.

Arrugó el ceño porque no comprendía muy bien lo que iban a hacer aquellos dos hombres, pero estaba claro que no sería nada bueno.

Se puso de pie y desparramó la mirada por los concursantes. Ya había empezado la prueba de selección y el arquero que disparó en aquel momento no tocó diana.

Miró entre las mujeres que participaban en el concurso. Eran cuatro y sólo una de ellas exhibía un vestido verde. Justo aquella joven, la sobrina de Geo Evans.

Al lado de Celinde se encontraba Jim Leigh, quien ahora preguntó:

—¿Cómo estás de ánimos, Celinde?

—Un poco nerviosa… Siento un cosquilleo en el estómago.

—Eso es porque desayunaste poco.

—¿Crees que podía teniendo en cuenta la responsabilidad que he de afrontar?…

—Bueno, nena, quiero decirte una cosa antes de que dispares la primera flecha.

—¿El qué, Jim?

—Sé que vas a hacer todo lo posible para ganar este premio, pero hay gente muy buena… Está ese Orsay, y, por si fuera poco, esta mañana a última hora llegó un fulano desde California, Danny Charles… Me han contado que ha ganado este año seis campeonatos de tiro con arco… De modo que no tienes que preocuparte. Si no ganas, diremos adiós a la herencia y se acabó.

La joven sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

Habían pasado por la prueba de selección diez concursantes, de los cuales sólo cuatro habían alcanzado la puntuación exigida.

Le llegó el turno a una de las cuatro mujeres, una morena de atractivo físico que respondía al nombre de Yolanda. Los espectadores enmudecieron cuando la muchacha sacó la flecha de su carcaj y tensó el arco para disparar.

Puso en camino la flecha pero ésta pasó muy lejos de la diana.

No obstante, los hombres aplaudieron dando lugar a fuertes murmullos por parte de las mujeres.

Otros dos concursantes realizaron la prueba de selección y sólo uno de ellos logró superar el puntaje mínimo.

Celinde se preparó, ya que sólo tenía delante un concursante.

—Animo, muchacha —le dijo Jim.

En aquel momento sintió que alguien lo tomaba por el brazo. Al volverse vio que era Elías Marcomb.

—Señor Leigh, necesito hablar con usted.

—Muy bien, Elías. Espere a que actúe la señorita Calvery y en seguida le dedicaré mi tiempo.

—Disculpe, señor Leigh, pero me temo que será mejor que me atienda ahora.

En aquel momento el juez que tenía ante sí la lista de los competidores pronunció el nombre.

—¡Señorita Celinde Calvery!

Entre los asistentes al concurso deportivo se produjo una gran expectación.

—Lo siento, Elías —dijo Jim—, pero ahora no puedo hacer nada por usted.

Elías Marcomb fue a replicar, pero en ese momento una mano lo atrapó por el cuello. La mano pertenecía al *sheriff*.

—Elías, ¿por qué te has colado aquí? Ya te dije que te autorizaba la entrada en el campo de tiro a cambio de que estuvieses quieto entre los espectadores.

—No me amargue la existencia, *sheriff*. No me meto con nadie.

Celinde disparó su primera flecha.

Dio en la diana, pero sólo logró cincuenta puntos.

Eso la puso nerviosa.

Envió la segunda flecha y no tocó el blanco.

Jim sintió que le flaqueaban las piernas. Con cincuenta puntos y dos únicas flechas para disparar. Celinde tenía muy pocas probabilidades de pasar a la segunda parte de la prueba.

La joven tomó puntería y disparó el tercer proyectil.

Esta vez consiguió doscientos cincuenta puntos.

Leigh no se hizo muchas ilusiones.

Con la última flecha debía conseguir un mínimo de doscientos puntos para llegar a los quinientos.

La sobrina de Geo Evans se dispuso a disparar su última flecha.

Hizo unos movimientos con la mano izquierda y tensó el arco.

De repente Celinde lanzó un grito y casi al mismo tiempo su flecha salió disparada. Pero se había movido mucho porque instintivamente había llevado la mano a la cadera.

Los espectadores lanzaron una exclamación.

La flecha de Celinde había alcanzado el centro de la diana. Quinientos puntos de una sola vez, con lo cual superaba con mucho la mínima exigida.

Pero Celinde seguía gritando.

Jim se acercó rápidamente a la joven porque ya se había dado cuenta de que algo anormal había ocurrido en el momento del disparo.

—¡Aquí detrás, Jim!

Leigh llevó su mano a la parte donde ella se refería.

—¡Cuidado! ¡Un momento! —dijo Jim y dio un tirón.

La joven lanzó otro grito.

Jim exhibió entre sus dedos un dardo de unas cinco pulgadas, rematado por unas plumas de color gris.

—Dios mío —exclamó Celinde—. ¿Qué es eso?

—Un canalla quiso jugárnosla —Jim se volvió rápidamente y se dirigió hacia donde había visto a Elías Marcomb.

Pero ya no se encontraba allí. El *sheriff* se lo llevaba por entre los espectadores.

—¡Espere, *sheriff*! —dijo Jim.

El representante de la ley y Elías Marcomb se volvieron.

—Deje a Marcomb, *sheriff* —habló Leigh.

—Le voy a sacar de aquí.

—¿Por qué razón?

—Huele a *whisky* que apesta.

—No se preocupe, *sheriff*. Marcomb no molestará a nadie. Yo respondo por él.

—¿Es amigo suyo?

—Sí, señor. ¿Tiene algo en contra?

El *sheriff* fue a decir algo pero emitió un gruñido, dejó libre a Elías y se alejó.

—Gracias, señor Leigh —sonrió Marcomb agradecido.

—Elías, ¿qué querías decirme?

—Era respecto a dos tipos… Los oí hablar de que querían hacerle algo a la señorita Calvery. Sé que es ella porque se refirieron a una concursante que llevaba un vestido verde.

—¿Qué dijeron?

—Bueno, el *sheriff* tiene razón con respecto al *whisky*. Bebí un

poco y no tengo mucha memoria para recordar lo que oí. Pero, espere, hablaron algo de un dardo.

—¿Viste a los tipos?

—Desde luego, uno era rubio y el otro pelirrojo.

—¿Los reconocerías?

—Quizá sí.

—Está bien, Marcomb, empieza a mirar. Yo iré detrás tuyo.

Marcomb hizo un gesto afirmativo y se puso en marcha.

El público aplaudía con entusiasmo a la señorita Celinde Calvery que, con su último disparo, había logrado enjugar la diferencia de puntos que le hacía falta para superar la prueba de selección.

De pronto Elias se detuvo y Jim llegó a su lado.

—¿Ya les vistes?

—Sí.

—¿Dónde están?

—Son esos dos tipos que beben naranjada en el quiosco.

Jim vio al rubio y al pelirrojo. Mascullaban algo por lo bajo.

—Espera aquí, Marcomb.

—Cuidado, Leigh, son dos tipos muy fuertes. Le aventajan en muchos kilos…

—También me aventajan en otra cosa. En desvergüenza —repuso Jim y echó a andar hacia la pareja.

—Buenos días, caballeros —los saludó con una sonrisa.

Los dos hombres lo miraron con seriedad.

—¿Está buena la naranjada? —preguntó Jim.

—Sí —repuso el pelirrojo—. Es una buena naranjada.

—No la beben como debe ser. Con pajita.

—Ya pedimos la pajita, pero no nos la dieron.

—En ese caso, saquen el canuto.

—¿El canuto?… ¿A qué canuto se refiere?

—A la cerbatana que utilizaron para disparar el dardo contra la señorita Calvery.

Los dos fulanos hicieron un gesto de sorpresa.

CAPÍTULO XI

—¿De qué diablos habla? —dijo el pelirrojo.

El rubio levantó una mano.

—Calla, Slim, esto es cuenta mía —hinchó los pulmones de aire —. Oiga, míster, debió aprender a no meterse con la gente. Nosotros no tenemos ninguna cerbatana.

Jim hizo un movimiento rápido con la diestra y la introdujo en el bolsillo del pelirrojo. Cuando la sacó exhibió en ella una cerbatana.

—Conque no, ¿eh? ¿Y qué es esto?… ¿Se dedican a hacer pompas de jabón?

—Lo acertó… —repuso el rubio—. ¿Qué pasa con eso?

—Son ustedes un par de puercos y van a hacer ahora una cosa en mi obsequio. Romperé la cerbatana por la mitad y cada uno de ustedes va a masticar y tragar su parte.

El rubio lanzó una carcajada.

—Usted va a comer otra cosa, fulano… ¡Polvo!

Al tiempo que así decía disparó la derecha.

Pero Jim estaba preparado y paró el golpe con el antebrazo replicando con la izquierda, que llegó limpiamente al maxilar inferior de su antagonista.

El rubio se desplomó y dio una vuelta de campana levantando una ola de polvo.

El pelirrojo atacó a Jim poniendo en marcha sus dos puños.

Jim lo detuvo con un directo en el plexo solar y antes de que su nuevo rival se repusiese, lo fulminó con un derechazo entre los dos ojos.

Luego, sin perder tiempo, partió la cerbatana contra su muslo.

Acercóse al rubio, que se levantaba aturdido y lo atrajo por el

cuello.

—A comer, rubiales —dijo y le metió la mitad de la cerbatana en la boca.

El tipo fue a escupirla instintivamente, pero Jim le pegó con la palma de la mano en la boca.

—Mastica rápido, si no quieres que te ocurra algo peor.

El rubio se puso a darle a los dientes con celeridad.

Lo peor fue cuando llegó la hora de tragar el bocado.

Cerró los ojos e hizo un esfuerzo pero no pasó la bola.

—Oiga, míster —dijo con la boca llena—. ¿No le da lo mismo que coma un trozo de sebo?

—Si a las de tres no has echado eso al estómago, lo tragas por las malas.

El otro hizo un nuevo esfuerzo y por fin pudo pasar los restos de la cerbatana.

Jim le soltó un trallazo con la derecha, enviándolo al suelo.

El pelirrojo todavía estaba consciente.

Un grupo de personas se había detenido para contemplar la escena.

Jim atrapó al pelirrojo.

—Es tu turno, zanahoria. Llegó la hora del pienso.

El pelirrojo puso menos dificultades. Masticó sin detenerse y tragó el bocado en un suspiro.

—Demonios —exclamó después—. Si lo llego a saber hago la cerbatana con caña de azúcar.

—Ahora dime quién les pagó para hacer la faena.

—Magde Blesson.

—Gracias —dijo Jim y lo mandó al polvo de un puñetazo.

Elías Marcomb se frotó las manos sonriendo cuando Leigh se llegó a su lado.

—Eh, Jim, es algo serio con los puños. Pensé que lo iban a convertir en picadillo.

—Soy yo quien va a convertir en picadillo a una persona.

—¿A quién se refiere?

—A Magde Blesson.

—Infiernos… ¿Tiene que ver con el incidente?

—Fue la promotora.

—La vi antes en su palco. Es el número 33.

—Gracias Marcomb. Voy allá.

—Esto no me lo pierdo. Le acompaño.

Echaron a andar pero habían recorrido cinco yardas cuando Jim se detuvo repentinamente.

—El palco número 33 está más adelante Jim —dijo Elías.

Pero Leigh no se había detenido porque hubiese confundido la numeración con respecto a los palcos. Lo había hecho porque acababa de ver a lo lejos a dos hombres.

Era justamente a los únicos que hubiese deseado tener en trescientas millas de distancia, mientras estuviese cumpliendo las condiciones testamentarias de no portar revólver.

Y ellos también lo habían visto a él.

Uno era John Gruber, apodado «El Asesino» y el otro Bob Berstein, «El Tartamudo».

—Elías, apártate.

—¿Qué pasa, Jim?

—Fuego.

—¿En dónde? —dijo Elías dando una vuelta sobre sí mismo.

Gruber y Berstein echaron a andar.

Gruber era alto, de piel muy oscura, siempre usaba indumentaria fúnebre; camisa, pantalones y sombrero negros y pañuelo morado al cuello.

Berstein era más bajo. Le faltaba la oreja izquierda, resultado de una broma que le gastaron mientras dormía en El Paso. El bromista lo había querido degollar, pero estaba demasiado borracho para conseguirlo. Por ello, al fallar el golpe dio tiempo a que Berstein se despertase y le metiese un par de balas en el estómago.

El hecho tuvo consecuencias jocosas porque Berstein metió su oreja en alcohol y fue de pueblo en pueblo buscando un médico para que se la pegase.

Pero al fin se dio por vencido y en Manzanillo decidió enterrar la oreja en el cementerio local, para lo cual compró un ataúd de dieciocho dólares y a punta de revólver obligó a cuatro hombres a que lo transportaran al camposanto.

Jim vigilaba a los dos hombres mientras se acercaban. Ni por un momento pensó en dar media vuelta y echar a correr. Gruber y Berstein le hubiesen seguido la pista porque eran dos buenos rastreadores.

«El Asesino» y «El Tartamudo» se detuvieron a dos yardas de Jim.

—¿Cómo estás, Jim? —preguntó Gruber.

—Muy bien. ¿Y vosotros?

—Vamos tirando.

—Qué coincidencias tiene el mundo —sonrió Jim—. No sabía que estuviesen por esta parte del país…

—En realidad este encuentro casi es azaroso, Jim.

—¿Sí?

—Éste y yo pasábamos ayer por Los Mimbrales, camino de Dallas. Nos detuvimos en la peluquería para cortarnos la melena y allí encontramos un periódico. En él se hablaba de cierto tipo, Jim Leigh, que recibía en herencia un rancho muy importante, a condición de que estuviese tres días paseándose por el mundo sin revólver… Pregunté a éste si el Jim al que se refería no sería Jim Leigh que nosotros conocíamos.

Jim bajó la mirada hacia el costado, donde debía de tener el «Colt».

—Ya lo veis, muchachos. Soy ese Jim Leigh.

Gruber prosiguió hablando con la misma lentitud de antes, tranquilo, reposado.

—Le dije a éste que valdría la pena llegarnos hasta aquí para cerciorarse. No queríamos perder la oportunidad de darte la enhorabuena.

—Sois muy amables, chicos.

Gruber se rascó la nariz con el dedo índice.

—¿Qué tal te ha ido sin el revólver, Jim?

—Muchos amigos se han apresurado a felicitarme y no llegaron con las manos vacías… Me trajeron ramilletes de plomo. Pero hasta ahora tuve suerte porque no me prendieron ninguno en el pecho.

—Se lo he dicho a éste muchas veces… Sí, Jim, le he dicho que tú eras un tipo con más lana que un tren ovejero.

—No me puedo quejar.

—¿Sabes lo que me dijo éste hace media hora?

—No, Gruber. No puedo saberlo.

—Éste me dijo: «Oye, Gruber, lo que más deseo en el mundo es ver a Jim Leigh echando espumarajos por la boca».

—Si eso te dijo «El Tartamudo» debió empezar decirlo hace un

par de días.

El chiste fue acogido fríamente por los dos forajidos.

Gruber se rascó otra vez la nariz.

—No deberías burlarte de éste, Jim. Eso está feo. Si es tartamudo es porque el destino lo quiso.

—Sí, Gruber. El destino quiso que ése fuese tartamudo, pero estoy seguro que lo que no quiso es que fuese un bastardo hijo de perra, un incendiario que se divierte pegándole luego a las ancianas por la laida.

—Es su forma de matar el tiempo cuando está aburrido.

—Podía pegarse fuego él mismo.

Berstein abrió la boca para decir algo y sus labios se estremecieron.

Gruber le puso una mano en el hombro.

—No, Berstein, no digas nada. Tenemos prisa.

«El Tartamudo» le hizo una señal con los ojos.

—Oh, sí —prosiguió Gruber—. Sé lo que quieres decir, que has estado con Jim Leigh y todavía no le has visto la espuma en la boca… Eso lo arreglaremos fácilmente, Berstein… Tú le meterás una bala en las tripas y yo otra en el hígado. Es justo la combinación con la que las glándulas segregan más burbujas.

—¿Puedo pediros un favor? —dijo Jim.

Gruber hizo un gesto de sorpresa.

Luego sonrió.

Era la tercera vez que lo hacía desde que inició su carrera de asesino. La última vez que había sonreído fue el 4 de octubre de 1871, cuando un tipo que le había prestado quince dólares se los pidió en la calle. En aquella ocasión él le dijo a su acreedor:

—«Muchacho, nunca prestes dinero. Corres el peligro de que no te lo devuelvan».

Y a continuación le metió una bala en la cartera, que el otro llevaba en el pecho, y agregó:

—«En paz, chico».

—Jim —dijo ahora todavía con la sonrisa a flor de labios—. ¿Quieres pedirnos un favor?

—Es lo que he dicho.

—Eh, Berstein, ¿estás seguro de que éste es el Jim Leigh que nosotros conocimos?…

Otra vez los labios del tartamudo se estremecieron.

—No, no lo digas —dijo Gruber y su compañero cerró de nuevo la boca.

Hubo una pausa y Gruber preguntó:

—¿Qué quieres que hagamos por ti, Jim?

—Que llevéis un recuerdo mío a Lilian.

Lilian era la rubia que Jim le había quitado a Gruber.

El fúnebre pistolero encajó el golpe porque se hinchó una venilla en su sien izquierda.

—No la nombres, Jim… No la nombres.

—Fui muy feliz con ella y es lógico que en el último momento nos acordemos de aquellos seres con quienes lo pasamos en grande.

Gruber ya había dejado de sonreír. Ahora las aletas de su nariz vibraban. Su respiración se iba haciendo cada vez más fatigosa. Era la ira que le corría el pecho.

—Sé dónde está Lilian, Jim. Hace seis meses se largó con un buhonero a San Francisco. Iré allí dentro de un par de semanas, en cuanto Berstein y yo peguemos un golpe que nos rinda dinero… ¿Y sabes lo que va a pasar allí en San Francisco?… Yo te lo diré. Obligaré a Lilian a que me limpie el polvo de las botas con la lengua… Y eso sólo será el comienzo porque luego tendrá que hacer un par de cosas extra.

—Qué maravillosa muchacha… Recuerdo siempre su risa… La mirada ardiente de sus ojos, su piel canela que siempre estaba tibia…

—¡Calla, Jim!…

—He echado mucho de menos su arroz con leche… Todas las mañanas, mientras estuve con ella en Wichita, me traía un plato a la cama… Qué mujer más fantástica…

Gruber lanzó un rugido al tiempo que tiraba del revólver.

CAPÍTULO XII

Jim Leigh no se estuvo quieto.

Saltó sobre «El Tartamudo», que se demoró un poco en sacar el revólver.

Gruber estaba tan fuera de sí que no pudo detener el impulso del dedo que había arqueado en el gatillo.

Sonaron dos estampidos y otras tantas balas se pusieron en camino.

Jim ya estaba detrás del «Tartamudo». Fue éste quien recibió los plomos.

Todo estaba ocurriendo con una gran rapidez.

«El Tartamudo» empezó a decir algo, pero se le hacía tarde para morir y sólo logró pronunciar la primera sílaba.

—Gru… Gru… Gru…

Indudablemente quería decir: «Gruber, ¿por qué lo has hecho?».

Jim empujó a Berstein con todas sus fuerzas sobre Gruber.

El fúnebre pistolero soltó otro rugido al recibir sobre el pecho el cadáver de su compinche.

Jim dio otra prueba de su agilidad.

Bordeó el cadáver y a Gruber, que parecía haber iniciado una extraña danza, y golpeó con el filo de la mano en el cuello de Gruber.

Sonó un crujido y Gruber retrocedió perdiendo el revólver.

El cadáver del tartamudo cayó al fin al suelo.

Gruber levantó las manos pero las dejó quietas, a la altura del pecho. Su cara era una amapola. Su cuello empezó a hincharse, como si fuese de goma y alguien le estuviese soplando por un agujero. Sus ojos se desorbitaron.

Se estaba ahogando.

De repente, se derrumbó en el suelo y sus piernas se estremecieron con el estertor de la muerte.

Finalmente quedó inmóvil.

La gente había empezado a correr al oír los primeros disparos, pero, ahora, los más cercanos al lugar donde se había desarrollado la escena estaban inmóviles, boquiabiertos.

El *sheriff* de Crow Hull Durrich Kantor llegó al galope y relinchó.

—¡Esto no lo consiento! Estamos en un concurso de arco y no de tiro al pichón.

Jim dio un suspiro de alivio después de haber pasado por el grave peligro.

—A propósito, *sheriff*, ¿me va a decir que éstos son dos pichones?

—¿Quiénes son?

—¿No los conoce usted?

El *sheriff* estaba aturdido pero ahora prestó atención a los muertos.

Hizo un gesto de sorpresa señalando a Berstein.

—¿No es ese «El Tartamudo»?…

—Sí, *sheriff*.

—Infiernos, entonces el otro debe ser Gruber, John Gruber.

—Ha hecho diana dos veces, *sheriff*.

—No haga chistes, Jim, y dígame de una vez a qué vinieron aquí estos dos tipos.

—A por mi piel…

—Condenación, Leigh, ¿por qué se le ocurrió llegarse a Crow Hull mientras estuviese pendiente esa condición para heredar al señor Evans?

—Tenía que ir a algún sitio, ¿verdad, *sheriff*?

—A eso me refiero, demonios. Pudo elegir cualquier otra ciudad… Vea la que ha armado. Apuesto a que antes de que termine el concurso «Robin Hood», tendré en el pueblo a toda la cochambre de Texas.

—Usted no debe ser injusto, *sheriff*. El mismo problema crearía a otro representante de la ley si me fuese a su pueblo.

—Usted quiere decir que me tocó el premio de tenerlo en mi ciudad y que conforme…

—Haré todo lo posible para que no haya muchos muertos.

—Muchacho, déjeme que le diga una cosa. Usted está chiflado… Si yo estuviese en su lugar, me escondería en la cueva más profunda hasta que hubiesen pasado esos tres días para hincarle el diente a la herencia del viejo Geo Evans.

—*Sheriff*, para que yo herede, no sólo he de cumplir la condición que a mí se me impuso. También la señorita Celinde ha de cumplir la suya, y ya sabe cuál es, ganar el premio «Robin Hood».

—Bueno, eso también va a resultar un poco difícil porque se han reunido muy buenos arqueros.

—No tendré nada que oponer si alguien que no sea la señorita Celinde gana el premio, siempre que lo haga con deportividad. Pero, desgraciadamente, desde hace tiempo estoy oliendo a podrido.

—¿Qué quiere decir?

—Que hay gente interesada en que Celinde no gane.

—¿A dónde quiere ir a parar, Jim?

Leigh miró hacia el palco 33 pero lo vio vacío.

—Más tarde le daré noticias. Ahora le dejo para que se ocupe de los dos fiambres.

Jim fue a echar a andar pero el *sheriff* se interpuso en su camino.

—Leigh, si vuelvo a oír otro estampido, lo detendré.

—¿A mí, autoridad?

—Sí.

Jim le sonrió mostrando la pistolera vacía.

—No uso armas.

—Me importa un rábano que tenga revólver o no. Cualquier disparo que se haga estará relacionado con usted… Lo tendré encerrado en una celda hasta que expire el plazo que señaló el señor Evans.

—No me gustaría que hiciese eso, *sheriff*.

—Ya le he dicho que lo haré velando por su integridad personal, porque reine la paz durante la celebración del concurso.

Jim miró a los ojos del *sheriff* y finalmente echó a andar hacia el lugar adonde había dejado a Celinde, uniéndosele en seguida Elias Marcomb.

—Caramba, Jim, esto se le está poniendo cada vez más feo…

—Confieso que es así, Elias.

—¿Va a ir en busca de Magde Evans?

—Es lo que alguien quisiera. Seguro que me están esperando con una buena artillería.

—¿Usted cree?

—Ya le hice una visita anteriormente y Magde Blesson sabe cómo las gasto.

Celinde corrió a su encuentro.

—Oh, Jim, me han dicho que intentaron asesinarte.

—No ocurrió nada, salvo que dos tipos murieron.

Se había reanudado el concurso.

En aquel momento Orsay se acercó a la joven mientras tensaba el arco.

—Mi enhorabuena, señorita Celinde. Lo hizo muy bien.

—Gracias, señor Orsay.

El campeón de Arqueros sonrió mostrando su blanca dentadura.

—Me acaban de decir que por ahora soy el favorito. Se apuesta por mí en una proporción de tres a uno… Pero ¿sabe una cosa, Celinde?… Cuando me den la copa de vencedor sentiré mucho haberla tenido como enemiga.

—Es usted muy gentil, Michael.

Orsay había elegido un traje especial para tomar parte en aquel campeonato. Se cubría con pantalón blanco, camisa verde de manga corta con un arco dibujado en el bolsillo y calzaba zapatos de lona.

Orsay pegó un taconazo, dirigió una sonrisa de soslayo a Leigh y se dirigió al lugar donde los competidores estaban realizando la prueba de selección.

Jim tomó del brazo a la joven.

—Qué simpático.

En aquel momento se produjo un clamor entre el público. Por el camino de carros entraba un vehículo que exhibía unos grandes cartelones. «Danny Charles, el campeón de Tiro al Arco de California». «El mejor del mundo». «Vengo a por una copa más».

La gente empezó a aplaudir.

—Eh, —dijo Leigh—. Ese tipo se cree que está en el circo…

Dos hombres iban en el pescante con jerséis blancos en cuya parte delantera exhibían una gran «D».

Cuándo el tiro de dos caballos se hubo detenido, los fulanos del jersey blanco saltaron al suelo y corrieron hacia la parte trasera.

Uno de ellos se agachó y dando un tirón armó una escalera de

cuatro peldaños. El otro abrió una puerta.

Se había hecho un silencio absoluto, hasta el punto de que los jueces del campo habían ordenado la suspensión de los ejercicios que se estaban realizando.

En la puerta del carruaje recién llegado apareció un tipo alto, rubio, que se cubría con *smoking* y sombrero de copa.

Hubo un fuerte murmullo en el campo pero todos los sonidos brotaban de las gargantas femeninas. Danny Charles era un tipo muy guapo, de bigote rubio y ojos verdes.

Los dos fulanos del jersey blanco se habían provisto de sendos tambores. Se pusieron a darle a los palillos y entonces el hombre del *smoking* abrió los brazos mientras sonreía a la multitud.

La mayoría de las mujeres se pusieron a aplaudir y casi todos los maridos que había en el campo, coaccionados por sus esposas, aplaudieron también.

Spencer
O'Malley,
es un honor para mí y para Crow Hull que usted haya decidido tomar parte en nuestro concurso… Imagino que tendrá que ir al vestuario para cambiarse…

—¿Se trata de la prueba de selección? —inquirió Charles mirándose las uñas de la mano derecha.

—Exactamente.

—En tal caso, si el reglamento no lo impide, tiraré tal como estoy.

—Oh, no existe ningún precepto en contra.

El público aplaudió otra vez mientras Danny se dirigía al campo de tiro en compañía de
O'Malley.

Los dos fulanos del jersey blanco ya habían abandonado los tambores. Ahora uno de ellos llevaba media docena de arcos y el otro se había colgado al hombro cuatro carcajas.

Celinde soltó un gemido.

—Oh, Jim, ese hombre respira confianza por lodos los poros… Ha llegado aquí como si ya fuese el ganador.

—He conocido muchos fanfarrones a lo largo de mi vida, nena. Y éste me parece que es uno de los que encabezan la lista. Vamos a ver lo que hace y entonces sabremos a qué atenernos.

En aquel momento Michael Orsay iba a disparar su flecha.

Sus tiros resultaron magníficos. Alcanzó una puntuación de 900, sin hacer aparentemente esfuerzo.

Los dos hombres que dispararon a continuación lo hicieron mal y fueron eliminados.

El hombre que manejaba el embudo para amplificar la voz anunció:

—Ahora, señoras y caballeros, va a realizar su prueba el famoso campeón de California, Danny Charles, que por primera vez interviene en el premio «Robin Hood».

Estalló una nueva ovación y Danny saludó con su sombrero de copa, al cual dejó, con mucha calma, en una silla.

Luego caminó hacia sus dos empleados que esperaban a pie firme.

Dany Charles atrapó un arco, lo tensó un par de veces y finalmente arrugó la nariz y lo devolvió a su subordinado. Tomó otro arco el cual probó, corriendo la misma suerte que el anterior.

Todos los arcos eran especiales, de brillantes coloridos, con magníficas tallas por los dos extremos, siendo lisos por el centro, justo por donde debían ser utilizados.

Se oyó otra vez la voz del gracioso que había hablado cuando lo de Yolanda.

—Eh, Charles —dijo—. Si no te gusta ninguno de tus arcos aquí tienes algo con que tirar… ¡Pídele al *sheriff* la liga de la alcaldesa!

La salida del tipo fue coreada por grandes carcajadas.

El *sheriff* se movió culebreante por entre los espectadores.

—¿Quién ha sido, maldito sea?… ¡Le voy a arrancar la lengua!

Danny Charles se decidió por el cuarto arco pero ahora tenía que elegir las flechas. En esta operación invirtió otros dos minutos.

Finalmente se dirigió hacia el lugar desde donde debía realizar sus disparos.

Un silencio impresionante se hizo sobre el campo de tiro.

Danny Charles envió su primera flecha.

Fue a clavarse justo en el centro de la diana.

La certera puntería del campeón de California fue seguida de una impresionante ovación.

Disparó el segundo dardo.

Uno de los jueves anunció:

—Ochocientos puntos en sólo dos disparos.

Entonces Danny Charles se volvió hacia el señor O'Malley.

—Perdone, señor Presidente, pero no dormí bien la última noche y me encuentro algo cansado. Rehúso disparar las restantes flechas puesto que ya he conseguido la puntuación que se exige…

—Desde luego, señor Charles… Está usted en su derecho —dijo O'Malley respetuosamente.

Danny Charles dio una palmada y sus dos empleados se acercaron a él pegando botes. Uno de ellos tenía ya una toalla en la mano, con la cual empezó a enjugarle la cara por si había sudado.

El otro sacó una botella que contenía un líquido blanco y escanció en un vaso.

Danny Charles dijo:

—Es leche, señor O'Malley. Acostumbro a tomar un vaso después de cada exhibición —Charles levantó el vaso brindando por el público y luego lo bebió.

La gente seguía aplaudiendo mientras Charles se retiraba con sus dos empleados hacia el carromato de los canelones.

Celinde Calvery salió de su asombro.

—Jim, ¿cómo quieres que gane a ese hombre?… ¡Resultará imposible!

A Leigh se le habían anudado las tripas desde que Charles lanzó su primera flecha.

—Ese tipo me revienta.

—A mí también, pero hemos de admitir que es todo un campeón… No tengo la menor probabilidad de ganar, Jim… Confiésalo. Daría lo mismo que me retirase de la prueba.

—No harás eso.

—¿Por qué no? Hay dos tiradores que son mejores que yo: Orsay y Charles. Con un poco de suerte, sólo quedaré tercera y eso no servirá para cumplir la condición de mi tío… ¿Te das cuenta, Jim? Es mejor que nos demos por vencidos.

—No. Celinde. No haremos tal cosa. Llegaste aquí sin saber lo que era una flecha y un arco. Has conseguido superar todas las dificultades y te has convertido en una buena tiradora.

—Pero no soy lo bastante buena como para ganar este campeonato.

Celinde, en esta vida todo se consigue por la tenacidad.

—Pero hay cosas que están fuera de nuestro alcance.

—Ninguna.

—Jim, tú me quieres infundir confianza, pero en este caso concreto no sirve de nada.

—Muchacha, no me gustaría presionarte para que tomases parte en el concurso. Eso sería tan malo como que abandonases porque carecerías de la moral del que quiere vencer. Has de superar este momento, Celinde. Sé tan bien como tú que será muy difícil que triunfes, pero al menos hay que luchar… Debes hacerlo. No por ti ni por mí, sino por un deseo de superación.

La joven apretó los labios con firmeza.

—Está bien, Jim… Seguiré en el concurso.

—Bravo, nena. Así me gusta que seas.

La señora de
O'Malley
llegó en aquel momento y se llevó a la joven consigo.

Jim y Elías quedaron uno al lado del otro.

—¿Qué probabilidades tiene Celinde? —preguntó Elias.

—Una entre un millón —contestó Jim con voz lúgubre.

CAPÍTULO XIII

—Si no lo hubiese visto con mis propios ojos no lo habría creído —decía Sam Cravenor.

—Valiente par de estúpidos —dijo Burton Shesman, capataz de «El Arco y la Flecha»—. Dispararon el dardo cuando ya no hacía taita. Celinde se había puesto muy nerviosa y habría fallado también aquel disparo.

—Es la negra suerte —terció Magde Blesson—. El dardo que esa nena recibió donde la espalda pierde su honesto nombre, sólo sirvió para enderezarla en todos los sentidos.

—No me gustan los chistes macabros… —rezongó Sam.

Los tres habían abandonado el campo de tiro después de la actuación de Celinde, y por ello no habían tenido ocasión de conocer a Danny Charles.

—Lo peor es que esa muchacha es capaz de ganar —dio Burton.

—No lo consentiremos —exclamó Sam.

—Entonces hemos de echar mano a un par de asesinos para que la quiten del medio.

—No está mal pensado —asintió Cravenor.

—Muchachos, no hay que precipitarse —intervino de nuevo Magde.

—El tiempo está contra nosotros. El concurso no se puede suspender. Hemos de actuar rápidamente si queremos evitar que el rancho pase a poder de Celinde y Jim. Creo que la idea de Burton es la mejor. Si Celinde se convierte en cadáver, no podrá nunca cumplir la condición de su tío.

—Pero habría una investigación y probablemente al *sheriff* no le sería muy difícil llegar hasta vosotros… ¿Por qué crear complicaciones innecesarias cuando las cosas se pueden hacer sin

levantar sospechas?

—¿Se te ha ocurrido algo, Magde?

—Sí.

El administrador y el capataz se detuvieron frente a la enorme mujer.

—Habla de una vez, Magde —dijo Sam Cravenor—. No nos tengas en vilo.

—Burton, hazme un favor, abre el tercer cajón de mi mesa, el de la izquierda. Encontrarás allí una pequeña caja circular de cartón. Tráela.

Burton hizo lo que se le pedía.

Cuando Magde tuvo en su poder la pequeña caja, la abrió, mostrando su contenido a los dos hombres.

Sam Cravenor y Burton Shesman vieron unas pequeñas píldoras de color rosa.

—¿Qué es eso?

—Me las recetó el doctor Kleint cuando fui hace seis meses a Austiri.

—Ya entiendo, son para adelgazar, pero… ¿qué tiene que ver con Celinde?

—Estos comprimidos no son para adelgazar, Sam sino pata dormir… A veces me desvelo, soy una mujer con muchos problemas. Con una píldora tengo suficiente para dormirme en media hora. Me quedo como un leño… Una vez me tomé dos y estuve durmiendo trece horas seguidas.

—Que me maten si no adivino tu plan. Quieres que la chica trague dos o tres píldoras.

—Exactamente. Y cuando eso haya ocurrido, ya puedes estar seguro de que Celinde no podrá tomar parte en el concurso.

Sam se echó a reír.

—Caramba, no es mala idea. ¿Qué te parece, Burton?

—Quiero que me hagan una prueba y entonces decidiré.

—Está bien, Burton —asintió Magde—. Dile a Talbot que entre. Está en el corredor.

Poco después Al Talbot entró en la estancia sonriendo a todos.

Magde le tenía preparado un vaso de *whisky*, donde había introducido dos comprimidos sonrosados que ya habían terminado de disolverse.

—Talbot, quiero que te bebas eso. Es *whisky*.

—Infiernos, señora Blesson, ¿qué es lo que se celebra?

—Mi cumpleaños.

—Pero, jefe, su cumpleaños no es hasta dentro de cuatro meses… ¿Es que no lo recuerda?

—No me discutas, Talbot. He decidido trasladar la fiesta a hoy.

—Bueno, tratándose de *whisky*, no le hago ascos, patrona. Brindo por usted y porque siga cumpliendo muchos más.

Talbot se echó al coleto el *whisky* de una sola vez y después de haberlo pasado por la garganta, sonrió.

—Jefe, se me ocurre una cosa. ¿Por qué no celebramos ahora su cumpleaños del año que viene?

De pronto Talbot se tambaleó.

—Eh, ¿qué es esto?

—¿Qué ocurre, Al? —preguntó Magde.

—Me ha entrado sueño de repente. ¡Mi madre!… —Talbot dio un bostezo y se restregó los ojos—. Cánteme una nana, jefe…

—Te la va a cantar tu abuela, Al. Yo tengo mucho que hacer.

En aquel mamento Talbot se desplomó en el suelo y quedó inmóvil boca arriba, roncando como la máquina de un tren.

Sam se volvió hacia Burton.

—¿Qué dices ahora, capataz?

—Aprobado.

* * *

Danny Charles, campeón de Arqueros de California, estaba tendido sobre la cama.

Uno de sus cuidadores le masajeaba el estómago mientras el otro se dedicaba a los brazos.

—Muchachos, ¿qué os pareció mi exhibición?

—Estuvo como nunca, jefe —dijo el más viejo, que respondía al nombre de Shell.

—Lástima que no tenga enemigo en este concurso, aunque han dicho que un tal Orsay es bueno —dijo el otro cuidador.

—¿A quién te refieres, Mickey?

—Al que tiró un poco antes que usted.

—No es malo, pero lo barreré sin ninguna dificultad…

—Desde luego, señor Charles —dijo Shell—. Usted es el primero,

el único, el mejor.

—No hay aumento de sueldo, Shell.

Shell puso una cara compungida.

En aquel momento llamaron a la puerta y Mickey acudió a abrir.

Uno de los empleados del hotel le entregó una carta diciendo:

—Es para el señor Charles.

—Gracias —dijo Mickey y se dispuso a cerrar la puerta.

—Eh, ¿no hay propina? —dijo el empleado.

Mickev tenía todavía un pegote de grasa en la mano derecha. La puso en la mano del otro.

—Toma y alíviate.

El empleado se refirió a un miembro de la familia de Mickey, pero éste no lo escuchó porque ya había cerrado la puerta.

—¿Qué pasa, Mickey? —preguntó Danny.

—Una carta —repuso Mickey olfateando la carta—. Y huele a rosa…

—Una mujer —dijo Danny.

Shell giró en su torno.

—¿Dónde está?

—No seas estúpido. Me refería a la carta. Tráela, Mickey.

—Sí, jefe, ahora mismo.

Danny rasgó el sobre y extrajo su contenido que olió también con fruición.

—Me parece perfume barato, jefe —dijo Mickey.

—¿Tú qué entiendes, estúpido?

—Mientras usted ganaba el concurso de Álamo Verde, tuve relaciones con la criada del presidente del Club El Madero. Me mandó un par de cartas para citarme y olían a demonios…

—Eh, escuchad esto, muchachos —dijo Danny Charles—. «Señor Danny Charles: Hoy, cuando lo he visto aparecer en lo alto del carromato, me pareció el dios Apolo. Bajó por la escalera con una aureola maravillosa y tuve la impresión de que dos ninfas, una a cada lado, interpretaban para usted una marcha triunfal».

Shell interrumpió la lectura.

—Eso de las ninfas va por nosotros, Mickey.

—Me gustaría atrapar por el cuello a esa fulana. No consiento que nadie se meta conmigo.

—Sois un par de imbéciles —repuso Danny—. Debéis tener en

cuenta que la chica está enamorada. ¿Continúo o la leo para mí solo?

—Continúe —dijo Shell, que seguía pensando en el aumento de sueldo—. Ya sabe que todos sus triunfos los consideramos nuestros.

Danny Charles carraspeó y siguió leyendo:

—«No me avergüenza confesarlo, señor Charles. Estoy loca por usted. Cupido me hirió con sus flechas. Una de ellas me hizo diana en el corazón. Sí, señor Charles. Tengo traspasado el pecho. ¿Sería mucho pedirle que venga a retirar el dardo de la herida? ¿Va a ser tan cruel que me va a dejar morir desangrada? Agonizante, lo espero en la habitación 23. Me muero. Me muero… me mue…». No hay firma.

—Se murió sin darle tiempo a poner su nombre… —dijo Mickey.

—A veces me pregunto por qué eres tan tarugo, Mickey… ¿Es que no lo has comprendido? Esta chica ha querido terminar su carta dando la sensación de que no puede vivir sin mí. Pero está viva, en la habitación 23.

Mickey bailoteó.

—Entonces lo que usted quiere es que llamemos al doctor.

—¡Calla, animal!

Danny se incorporó haciendo ejercicios respiratorios.

—Aquí el único doctor que puede poner buena a esa nena soy yo.

—¿Va a ir, jefe?

—Seguro, Ya sabes cuál es mi debilidad: las nenas que se enamoran de mí.

—Pero, jefe, eso le va a quitar facultades… Ya sabe que cuando estamos de concurso no debe hacer ciertas cosas.

—No necesito tus consejos, Mickey. Sé muy bien controlarme. Esa mujer podría ser la más hermosa del mundo y no lograría de mí un beso.

—Entonces, ¿a qué diablos va, jefe? Yo, cuando asisto a un banquete es para comer… Demonios, no podría estar todo el tiempo allí tiendo una buena pechuga y sin hincar el diente.

—Por eso tú eres un cualquiera y yo soy todo un campeón… Fuera discusiones, Mickey. Y tráeme el traje gris y la camisa mexicana.

—¿Llevará la guitarra?

—¿Qué te parece a ti, Shell?

—De prisa, muchachos. Vestidme sin demora. Nunca me gustó hacer esperar a las damas.

* * *

Celinde miró la mesa que el mozo del hotel había terminado de arreglar.

—Espero que nada falle —dijo la joven.

El mozo hizo una reverencia.

—No se preocupe, señorita. Será servida como es norma en esta casa. Quedará satisfecha.

—Gracias, Paul —sonrió Celinde y le alargó un billete de cinco dólares.

Celinde, que se cubría con un vestido de noche con escote que dejaba sus hombros al descubierto, acompañó al mozo hasta la puerta.

Justamente, cuando el mozo salía, llegó Jim.

—Hola, Celinde —dijo Leigh y fue a entrar, pero ella le puso el brazo por delante.

—¿Qué querías, Jim?

—Estar un rato contigo y decirte que mañana a las ocho se celebra la primera prueba.

—Oh, eres muy amable. Y ahora buenas noches. Necesito descansar.

—Eh, había pensado estar un rato contigo…

—El caso es que tengo una fuerte jaqueca…

—¿Te pones siempre de tiros largos cuando te duele la cabeza?

La joven sonrió nerviosamente.

—Oh, me había puesto así para recibirte, pero lo de la jaqueca surgió después.

Jim trató de mirar por encima del hombro hacia el interior de la habitación.

Celinde dio un suspiro por haber decidido que el mozo pusiese la mesa para dos en un lugar que no podía ser visto desde donde Jim se encontraba.

—Bueno, Jim, hasta mañana, ¿eh?

—Está bien, si tú lo quieres… Espero que descanses…

—Gracias, Jim, lo mismo digo.

La joven cerró la puerta y se apoyó en ella.

Casi estuvo a punto de dar un grito al ver en la otra parte a un tipo con sombrero mexicano que rasgó la guitarra con que venía armado y cantó suavemente, mientras sonreía.

—Amor… amor… amor…

—Oh, qué manera más deliciosa de presentarse, señor Charles.

Danny Charles hizo sonar otra vez las cuerdas y se despojó del sombrero.

—¿Puedo pasar, mi moribunda amiga?

—Claro que sí, pase. El apartamento es suyo, la mesa es suya, las sillas son suyas…

Danny entró y se detuvo agitando un dedo ante la cara de Celinde.

—¿Dice que todo es mío?… ¿Esa naricilla también?

—Eso no, señor Charles, sirve para sonarme.

—Egoísmo de las mujeres —dijo Danny y haciendo chasquear los dedos se apartó de ella.

Celinde sabía que Danny era petulante, teniendo en cuenta la forma en que se había presentado en el campo de tiro, pero nunca pudo imaginar que la estupidez del californiano llegase a un punto tan alto.

Pero tenía que hacerlo… Debía hacerlo si quería ganar el concurso.

Danny se sentó en el sofá y rasgó las cuerdas de la guitarra.

—Amor…, amor…, amor… —repitió.

Celinde le sonrió y dijo alargando la mano hacia la mesa:

—¿Comemos?

—Usted no puede comer.

—¿Por qué no?

—Usted está enamorada de mí y las mujeres enamoradas pierden el apetito.

—Oh, sí —se apresuró a decir Celinde—. Es que estoy aturdida… No tengo en absoluto hambre.

Sentía unos ruidos terribles en el estómago. Se dijo que de buena gana hubiese devorado una pata de cordero.

Llamaron suavemente a la puerta y entró el mozo.

—¿Puedo servir ya la bebida, señorita?

—Sí, abra el champaña, Paul.

La botella ya había sido abierta previamente por Paul, pero eso no lo sabía Celinde. Paul había recibido diez dólares de un hombre a cambio de comprometerse a servirle a Celinde, mezclados en el agua o en cualquier otra cosa, cuatro comprimidos de color rosa, que se disolvían rápidamente.

El tapón de la botella produjo un pequeño estampido.

Paul dijo sonriente:

—Se le fue un poco el gas.

Luego sirvió las dos copas y Celinde le hizo una señal para que se retirase.

Cuando ella y Danny volvieron a quedar solos, la joven dijo:

—¿Bebemos, Charles?

—Todavía no tengo sed. Primero le cantaré una canción… ¿Es que no le gusta mi voz?

—Oh, sí, es maravillosa… aterciopelada… Cante, Danny, cante.

El plan de Celinde era emborrachar a Danny. Tenía una botella de *whisky* escondida en su dormitorio para servirle después del champaña. Obligaría a Danny a quedarse allí hasta altas horas de la madrugada y cuando estuviese suficientemente embriagado, ella estaría satisfecha porque al día siguiente Charles se encontraría en muy malas condiciones para tirar con el arco.

CAPÍTULO XIV

Danny Charles terminó de cantar su canción que llevaba por título: «Ay, niña, no me digas esas cosas cuando vas por agua a la fuente».

Celinde se puso a aplaudir.

—Oh, Danny, ha estado usted estupendo.

—Ahí va otra…

—Oh, no, Charles, debe tener sed…

—Creo que no la tengo.

—Da la impresión de que tiene los labios cortados. Ha cantado con tanto calor que se los cortó.

En ese momento se abrió la puerta y entró en el departamento Michael Orsay.

—Me parece que llego tarde.

Celinde miró sorprendida a Orsay.

—¿Usted aquí?

—Perdone, Celinde, pero deseaba hacerle un par de preguntas…

—Oh, cuánto lo siento, pero usted ya comprenderá que en este momento no estoy para eso.

—Ya veo que Danny Charles sabe aprovechar sus ratos libres.

—¿Celoso, Orsay?

—Quiero dejar las cosas bien sentadas, Charles. Yo la vi primero.

—Pero ella me prefirió a mí, con lo cual demuestra tener muy buen gusto.

—Usted es sólo un fanfarrón.

—Y usted un grosero.

—¿Qué dice?… ¿Yo un grosero?…

—Exactamente. Ha irrumpido en esta habitación sin anunciar su presencia.

Celinde trataba de intervenir en aquel diálogo pero no la dejaban.

Danny se puso de pie, esgrimiendo la guitarra.

—Orsay, no consiento que nadie se cruce en mi camino. Quiero que sepa de una vez por todas que Celinde de está loca por mí.

—Eso lo ha soñado usted —repuso Orsay.

Charles sonrió jactanciosamente, enseñando su blanca dentadura.

—Celinde, ¿tendría inconveniente en repetir a este caballero alguna de las frases que escribió en su carta?

—Oh, sí, con mucho gusto. «Usted es una ninfa con dos Apolos, uno a cada lado, tocando el tambor».

Michael Orsay soltó una carcajada y se puso a aplaudir.

—Muy bien.

Danny estaba rojo.

—Se ha equivocado, Celinde.

—Oh, perdone, estoy un poco nerviosa… Nunca me entendí con dos hombres al mismo tiempo.

—Ya lo ha oído, Orsay —dijo Danny—. Tome número.

Se abrió bruscamente la puerta y Jim Leigh entró.

—Buenas noches. ¿Estorbo?

Llegó ante Celinde, la tomó por la cintura y la besó en la boca.

—Hola, querida. Estás muy bonita.

—Eh, usted, no tiene derecho a besarla —dijo Danny Charles.

—Apláquese, amigo. Por mucho que diga, no lo besaré a usted.

—¿Eh?

—Estaba muy guapo usted con su *smoking*, su capa, sus gorilas amaestrados con jersey blanco y sus tamborcitos, pero ahora se va a largar de aquí, si no quiere que le pegue un sacudón.

Danny levantó la barbilla.

—Celinde, estoy terriblemente conturbado…

—Búsquese un desconturbador —dijo Jim—. Los venden a cincuenta centavos en el almacén general.

Celinde pegó una patadita en el suelo.

—¡Jim!… No eres nadie para inmiscuirte en mi vida privada.

—Eh, nena, ¿qué te pasa?

—Ya lo has oído. Soy dueña de mis actos y por lo tanto puedo recibir en mi departamento a quien me plazca. De noche, de

madrugada o de día.

—Admito que puedes hacerlo, pero debías citarlos de uno en uno.

Michael Orsay soltó una risita.

—Esto se pone bueno —dijo.

Se volvió hacia la mesa, atrapó la copa de champaña que estaba más llena y bebió.

Al verlo beber, Celinde lanzó un grito.

Orsay se apartó la copa de los labios, pero la había bebido entera.

—¿Qué le pasa, Celinde?

—Un mareo.

—Beba, beba un traguito y se le pasará —dijo Danny Charles atrapando la otra copa de champaña.

La joven se puso una mano en la boca.

—Oh, no, Danny, beba usted y me sentirá mejor.

—Eh, recuerde que la del mareo es usted —sonrió Charles.

De repente, Orsay se tambaleó.

—Diablos, ¿qué me pasa?

—Llegó aquí borracho, ¿eh? —dijo Jim—. Debería darle vergüenza.

—Pero si no probé el *whisky* —repuso Orsay tratando de encontrar algo en que apoyarse.

Se dejó caer al fin en un sillón y largó un bostezo.

—Tengo un sueño feroz.

—Entonces, váyase a su departamento.

—Hágame un favor, Jim. Déjeme en paz.

Orsay alargó las piernas, cruzó los brazos sobre el pecho y se durmió.

Jim entornó los ojos. Una idea había cruzado por su mente. ¿Cómo no lo había pensado antes? Celinde había llevado allí a aquellos dos hombres para darles un somnífero. Ya había caído Orsay y ahora estaba claro que la joven haría lo posible para que Danny picase el anzuelo.

—Amigo Charles —dijo—, me acabo de dar cuenta de que no debo ser un obstáculo a un hombre y una mujer enamorados. Yo sé perder como el que más… —Se dirigió hacia la mesa y atrapó la botella—. Danny, brindemos por usted, por Celinde y por lo que

venga después.

—¿Va a venir más gente?

—No, hombre —Jim le guiñó un ojo—. Ya sabe…

—Claro, claro, desde luego…

—¡Hala, a beber!

Jim levantó la botella y Danny su copa.

Pero de pronto el californiano sacudió la cabeza en sentido negativo y dejó la copa en la mesa.

—¿Qué le pasa, Danny? —preguntó Jim.

—No debo hacer esto. El alcohol siempre resulta malo para un deportista.

—Pero si esto casi no contiene alcohol… Es un champaña muy flojo…

—Ésa es otra razón para que no beba. Danny Charles, el campeón de tiro al arco, sólo bebe lo mejor.

Jim apretó los dientes.

—Hombre, no debe ser así, lo tiene todo; juventud, belleza y una joven que sueña con usted a toda hora…

—Tengo que pensarlo.

—¿Qué es lo que tiene que pensar?

—Mi madre me tiene dicho que tenga cuidado con las mujeres. Soy un hombre muy atractivo y me asedian por todas partes. Mi madre ya rechazó a seis que quisieron casarse conmigo… Le escribiré mañana contándole lo de Celinde… Si ella lo aprueba, vendré a tu lado otra vez, Celinde. Te lo prometo.

—¿Con o sin guitarra?

—Traeré conmigo a seis hombres.

Jim tosió.

—Danny, es usted muy abusón.

—Es el mariachi de Carmelo Due. Mientras ellos cantan, yo treparé por la ventana… Adiós, Celinde, ya parto…

—¿Se va de viaje, Danny?… Oh, dígame que va a consultar con su madre.

—Partiré en cuanto me haya proclamado campeón de concurso —Danny tiró un beso al aire, atrapó la guitarra y echó a correr hacia la puerta. Al llegar allí se detuvo, pegó un manotazo a las cuerdas y dijo—: Amor… amor… amor…

Celinde y Jim estaban inmóviles como estatuas mirando la

puerta que se había cerrado tras el californiano.

—¿Habrá una mujer que lo pueda soportar? —dijo Celinde.

—Su mamá —contestó Jim.

La joven dio un suspiro y se dejó caer en el sofá.

Jim dirigió una mirada al durmiente.

—Bueno, al menos te dio resultado con uno.

—¿Qué quieres decir?

Jim señaló a Orsay.

—Fue buena esa idea de dormirlo.

Celinde parpadeó.

—¿De qué estás hablando, Jim?

—Creo que te excediste en las pastillas que le metiste al champaña. Orsay cayó como una res apuntillada.

La joven se quedó con la boca abierta.

—Jim, ¿pero tú crees que yo he hecho eso?

—Nena, no necesitas andar con rodeos… Estamos siendo víctimas de una confabulación y tú has decidido utilizar también algún procedimiento que no es muy legal.

—Jim, yo no metí ningún narcótico en el champaña.

—¿Eh?

—Puedes estar seguro.

—He olido la botella antes y conozco perfectamente los somníferos. Trabajé durante seis meses en Amarillo como ayudante de un médico.

—Jim, es cierto que cité a Danny Charles. Quería emborracharlo, sólo eso, pero no utilicé ninguna clase de pastillas. Quería primero darle champaña y luego *whisky*.

Ahora el sorprendido fue Jim.

—Celinde, ¿estás segura de que no has metido nada en el champaña?

—¿Cómo no voy a estarlo?

—¿Quién te sirvió?

—Un mozo llamado Paul.

Jim oyó un suave ruido tras la puerta.

Hizo señales a Celinde para que callase y se aproximó de puntillas a la pared.

Abrió la puerta de golpe y el mozo llamado Paul se precipitó en el interior del departamento, al faltarle el apoyo.

Jim cerró cuando el mozo se volvía.

—Perdone —dijo Paul, mirando alternativamente a Celinde y Jim—, me llegué aquí por si necesitaban algo…

—¿Quizá más pastillas para dormir, Paul?

—¿Cómo dice el señor?

—Lo sabes bien.

—Le aseguro que no le comprendo.

Jim atrapó la botella de champaña y la alargó a Paul.

—Anda, debe, muchacho.

—Oh, no, gracias. No tengo ganas.

—¡Bebe, he dicho!

—La dirección prohíbe a los criados beber con los clientes.

—No te preocupes. Aquí no hay nadie. Esto va a quedar entre nosotros. Vas a beber un trago o te rompo la cabeza.

—Oiga, le aseguro que no me gusta el champaña —casi gimió el mozo.

—Sólo tienes una forma de evitar el trago. Que me digas antes de que te marque la cara, quién te pagó por servir esta botella de champaña especial marca «El Sueño».

—Oiga, tengo tres hijos…

—Y yo una tía en Kentucky que tiene una pata de palo.

—No había ningún peligro… Era un favor que le hacía a la señorita… Tenía que dormirla…

—Todavía no has dicho el nombre del que te pagó. Suéltalo ya, Paul.

—Frank Greene.

—¿Quién es Frank Greene?

—Un hombre que se gana la vida a salto de mata. Unos y otros lo contratan para hacer trabajos de poca importancia.

—¿Quién pagó esta vez a Greene?

—No lo sé… Se lo juro.

—Debía darte un buen escarmiento. Paul.

—Disculpe, señor Leigh… Fueron diez dólares. Yo los necesitaba mucho.

—Anda, vete, no vaya a ser que inundes con tus lágrimas la habitación.

Paul hizo una reverencia.

—Muy agradecido, señor Leigh… —se retiró precipitadamente.

Jim se volvió hacia Celinde con una sonrisa irónica.

—Creí que habías sido tú y habían preparado el champaña especial para ti.

—Oh, Jim, entonces no tengo ninguna responsabilidad de lo que le ha ocurrido a Orsay.

—No, nena, pero habría salido perfecto si de rebote la víctima hubiese sido Danny Charles en lugar de Orsay.

—Tiene razón. Así no hemos adelantado nada, ya que mi rival más peligroso es Charles… Todo se acabó… Oh, Jim, ya no queda una sola esperanza de que gane el concurso…

—Sólo puedes confiar en tu puntería.

—Eso es absurdo, Jim. No podré ganarle nunca a Charles.

La joven estaba consternada y Jim acudió a su lado y la enlazó por la cintura.

—Ya hemos hablado mucho de esto, Celinde, ¿y sabes una cosa?… Me importa un rábano la herencia. Aunque me quede sin un centavo de ella, tengo que dar las gracias a tu tío Geo.

—¿Por qué?

—Sólo gracias a él he podido conocerte… Sí, nena… Nos quedaremos sin la herencia, pero no debes de preocuparte. Trabajaré para que nuestros hijos tengan un pedazo de pan que llevarse a la boca.

—Jim, qué hermosas palabras dices.

Los dos se apretaron fuertemente y unieron sus labios.

CAPÍTULO XV

Mac Orrin y Terry Bull salieron de la casa de departamentos de Vilma Taldmage.

—Hola, muchacha —los saludó Jim Leigh.

Los tres se volvieron de golpe y sonrieron nerviosos, sin saber qué decir. Al fin rompió el silencio Mac.

—¿Todavía está vivo, Jim? Oh, perdón; no quise decir eso.

De modo que se metieron aquí y sólo decidieron salir para asistir a mi entierro.

Terry se golpeó el pecho con el dedo.

—Yo soy un hombre incapaz de hacer tal cosa, Jim. He sido víctima de la fiebre.

—¿Su fiebre fue la del vestido azul, Terry?

—Exactamente… quise decir, no… ¡Demonios!… Me ha atrapado. Espero que no se lo diga al juez Master.

—No se preocupen, muchachos. Sin la fiebre, las cosas no hubiesen mejorado.

—Oímos decir que la señorita Celinde había conseguido una buena puntuación en la primera prueba.

—Logró un cuarto puesto, pero el primero le aventaja mucho.

—¿Quién es?

—Danny Charles, el californiano. Según opinión unánime, no tiene enemigos.

—¿Cuándo va a ser la segunda prueba?

—Está anunciada para dentro de quince minutos. Yo voy al hotel por Celinde. Será mejor que ustedes no me acompañen. Me dijo el *sheriff* hace un momento que hay mucha gentuza en la ciudad y es posible que algunos de esos fulanos se hayan llegado con la idea de enviarme al infierno.

—Bueno —dijo Mac—. No debe ofenderse Leigh, pero va hacemos lo que está en nuestra mano porque usted y Celinde ganen la herencia.

Orrin tocó con el codo a sus hermanos.

—Eh, chicos, en la calle de enfrente hay dos fulanos que no me gustan nada.

Lo dijo en voz alta para que Jim también lo oyese. Jim miró hacia aquel lado y vio a dos tipos. Uno era rubio y el otro muy feo. El rubio tenía un mondadientes en la boca y sonreía.

—Hola, Jim —dijo el rubio—. Soñé ayer que te morías.

Terry Bull dio un respingo.

—Eh, chicos, será mejor que nos apresuremos a ir al campo de tiro o nos quitarán el sitio.

—Es una gran idea —asintió Mac.

Los tres hermanos echaron a andar dejando solo a Jim.

El rubio y el moreno estaban cruzando la calle. Se detuvieron en el polvo, a unas yardas de Jim, que estaba inmóvil junto al borde de la acera.

—Alan Kramer —dijo Leigh—. Me dijeron que estabas en Oregón…

—Allí estuve pero me cansé de aquel trío y de tanto árbol… Este clima es más saludable… ¿Conoces a Jesse McDonald?

—No. No lo había visto hasta ahora, aunque me hablaron de él. Tira bien con la zurda.

—El mismo, Jim —Alan Kramer se pasó el mondadientes de un lado a otro de la boca—. Leimos la historia de esa herencia en un diario…

—Se le ha dado mucha publicidad.

—Tú debes estar loco, Jim. ¿Por qué aceptaste? Sabes que no llegarás a los tres días, que te liquidarán sin remedio.

—Hasta ahora, duro.

—Me informé en este pueblo de las aventuras que has corrido. Todo ello demuestra que sigues siendo un tipo hábil, Jim, pero ya sabes que la suerte termina por darnos la espalda y, entonces, se acabó.

—Has tenido muy filósofo de Oregón, Alan.

—Pero no tengo dinero, y eso prueba la gran verdad de que la filosofía está reñida con los dólares.

—Sólo te puedo prestar un par de pavos.

—McDonald y yo no nos llegamos aquí para pedir limosna.

—Siento haber herido tus sentimientos, pero no puedo hacer más por vosotros.

—Claro que puedes, Jim.

—¿El qué?

—Te vamos a echar una mano.

—¿Tú, Alan?

—Yo y Jesse McDonald.

—Podrías hacer un mal negocio, Alan.

—Eso va a ser cuenta nuestra.

—¿Cuánto, Alan?

—Mil dólares para Jesse y dos mil para mí si cobras la herencia.

—Trato hecho.

La segunda prueba del concurso de tiro con arco ya se había realizado.

Celinde Calvery había hecho un gran esfuerzo desbancando a dos concursantes que le precedían en puntuación, colocándose en el segundo puesto.

Pero el primero seguía siendo Danny Charles, quien le llevaba una ventaja de 250 puntos.

Las apuestas a favor de Danny habían aumentado progresivamente. Ahora se pagaban diez a uno, especialmente desde que se supo, al comienzo de la primera prueba, que Michael Orsay no podía tomar parte en el concurso debido a que estaba dormido como un leño. Lo habían tratado de reanimar con duchas frías pero, apenas lo secaban, se volvía a dormir.

Sólo faltaba ahora la última y decisiva prueba.

Jim estaba al lado de Celinde dándole ánimos.

—Nena, todavía nos queda una oportunidad…

—Ni tú mismo apostarías una moneda de cincuenta centavos por mí.

—Bueno, nunca se sabe.

—Hace un rato vi a los periodistas entrevistando a Danny como si ya fuese el campeón.

—Celinde, quedamos anoche en que el ganar no nos importaba a ninguno de los dos.

—Pero Jim, ¿con qué dinero nos vamos a casar?

—Con tus ahorros, naturalmente.

—Jim, yo no tengo ahorros.

—Demonios, ¿también me va a fallar la suerte por ese lado…? ¿Con qué gato negro me habré cruzado por el camino…?

Danny Charles, el ya casi flamante campeón del concurso «Robín Hood» de Tiro al Arco, estaba tendido en un camastro en el interior de su carromato.

Sus dos cuidadores, Shell y Mickev, echaban un vistazo a los arcos y a las flechas.

Se abrió la puerta de golpe y un hombre entró en el vehículo con un revólver en la diestra.

Danny y sus dos empleados miraron al visitante con asombro.

—¿Quién es usted? —preguntó Danny.

—Mi nombre es Alan Kramer y no vengo solo.

—Ya he visto, viene con un revólver.

—No me refiero a esto, sino a lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Mi hermana Chelo —Alan habló por comisura de la boca hacia sus espaldas—. Pasa, cielito.

Se oyeron unos pesados pasos y entró una figura fantasmal. La mujer en cuestión parecía ser muy alta y cubría la cabeza con un pañuelo que no dejaba ver su cara.

Danny arrugó el ceño.

—Eh, oiga, señor Kramer, no entiendo una palabra de esto.

—Lo va a entender en seguida, señor Charles.

—Explíquese.

—Usted estuvo en San Jacinto hace cosa de un año.

—Sí, lo recuerdo —sonrió Danny—. También allí me llevé el campeonato.

—Se llevó algo más que el campeonato. Se llevó el corazón de mi hermana.

—¿Eh?… Si le hubiese robado el corazón a su hermana, no continuaría viviendo.

—No hagas chistes, Danny.

—Hablaba en sentido poético.

—Mi hermana Chelo, conocida en toda la familia con el nombre de Chelito, se enamoró del gran campeón Danny Charles, ¿qué es lo que hizo él?

—¿Qué es lo que hice yo?

—Usted se la llevó al río.

—¡No es cierto! ¡Yo no me he llevado al río a nadie! ¡Ni siquiera sé que en San Jacinto haya río!

—No servirá de nada. Chelo me lo confesó todo y usted se va a casar con ella.

—¿Que yo me voy a casar con su hermana?… ¡Oh, no, de ninguna manera!

Alan hizo un gesto feroz.

—Repítalo, amigo, y le meto una píldora.

—No, no lo repito.

—Gracias, querido hermano. —Alan se volvió hacia la figura fantasmal—. ¿Ves, Chelo, como está arreglado?… Te dije que debías confiar en Alan… Él lo arregla todo… Ahora ya puedes ver a tu futuro marido, Chelo…

Alan tiró del pañuelo e instantáneamente Danny lanzó un grito de terror.

La supuesta hermana de Alan Kramer tenía una melena con rizos que más parecía un estropajo. Sus ojos eran bizcos y asomaba por entre labios un par de dientes con los que se habría podido fabricar otras tantas bolas de billar.

—Querido Danny…

Charles dio un chillido y saltó a los brazos del cuidador que más cercano tenía, Shell. Miró empavorecido a Alan.

—Oiga, señor Kramer, ¿es posible que eso hable?…

—Danny, una palabra más de insulto a mi querida hermana y le prometo que toda mi familia tendremos que guardarle luto a usted… En estos momentos son las tres y media. Hay un tren que sale de aquí a las cuatro y otro a las siete. Nos iremos en el de las siete. Así mi hermana y yo le daremos oportunidad para que se proclame campeón de este torneo… Y para que no se escape, Chelo y yo nos iremos al lado de los jueces para echarle el guante en cuanto termine. Quiero que usted y Chelo den la vuelta de honor cogidos del brazo.

Danny Charles lanzó un aullido.

—¡Mamá, yo no he hecho nada malo…!

—Déjese de lloriquear, Danny. Ya está advertido. Vamos, cielito.

El espantapájaros de los ojos bizcos emitió un gruñido.

—¿Quieres que Danny, te dé un beso?… —repuso Alan—. No, hija, no. Luego podrás darle todos los que quieras.

Danny miró aquella cara aterrorizado.

Alan Kramer guardó el revólver y empujó a su hermana fuera del carro.

* * *

Jim Leigh se puso a aplaudir a Celinde cuando ésta disparó su última flecha. Había conseguido una magnífica puntuación. Tenía el segundo puesto seguro, pero sólo superaba al californiano en doscientos puntos y Danny aún tenía que disparar sus flechas.

Celinde acogió con una sonrisa las muestras de simpatía del público y acudió al lado de Jim.

—Ya terminó la pesadilla. Quedaré segunda.

Jim se apretó el puente de la nariz.

—Quizá ocurra el milagro.

Los competidores habían intervenido en orden inverso a su clasificación. Así, pues, el único que quedaba por realizar la última prueba del ejercicio del concurso era Danny Charles.

Los jueces miraron a un lado y otro en busca del californiano, pero no estaba allí.

El hombre del altavoz anunció:

—Por favor, Danny Charles, acuda al campo de tiro para realizar su última prueba… Busquen al señor Charles.

Algunos hombres se dirigieron hacia el carromato.

De pronto, uno de ellos que había entrado en el carro, salió corriendo hacia el jurado exhibiendo una carta.

Spencer O'Malley atrapó la misiva que leyó en voz alta.

—«Señor Presidente del Club de Arqueros: Acabo de recibir noticias de mi madre. Le dio el sarampión. He de tomar el tren de las cuatro, por lo que no tengo más remedio que renunciar a terminar su concurso. Si alguien pregunta por mí, participaré el próximo mes en el campeonato de Arco que organizan los esquimales». Firmado Danny Charles.

Jim vio llegar junto a él a su amigo Alan Kramer y a Jesse McDonald, el cual estaba bizco.

—¿Qué le pasó a Jesse, Alan?

—Demonios, chico —contestó Alan dando un bufido—. Podía habérsete ocurrido otra cosa para librarte de ese tipo… El pobre Jesse estuvo tanto rato bizco que ahora no puede enderezar los ojos.

El hombre del altavoz estaba diciendo:

—Señoras y caballeros, por renuncia del californiano Danny Charles, queda proclamada campeona del torneo «Robin Hood»… ¡la señorita Celinde Calvery!

—¡Jim!… ¡El milagro! —exclamó la joven y se arrojó en brazos de Leigh.

El la estrechó contra sí y la besó en la boca.

El público se puso a vitorear a la muchacha.

Reinó una algarabía indescriptible en el Campo de Tiro de los Arqueros de Crow Hull.

Una manada de mujeres arrebató de brazos de Jim a Celinde y se la llevaron casi en volandas.

Alan suspiró.

—Lo que tiene que hacer uno por ganar unos cochinos dólares.

—No seas tan optimista, Alan, me parece que vas a tener que hacer algo más, si quieres disfrutarlo. Y de paso, di a Jesse que deje de ponerse bizco porque va a necesitar toda su vista.

—¿Qué pasa, Jim?

Jim señaló a un grupo de cinco hombres que se acercaba a ellos aprovechando un claro entre los espectadores porque la mayoría de éstos se habían puesto a seguir a Celinde.

Jim sacó una moneda del bolsillo y la arrojó al aire. Hizo como si se le cayese pero, al atrapar la moneda del suelo, cogió también un puñado de polvo.

Los cinco hombres se acercaban con las manos pegadas a sus costados. Estaba claro que iban a sacar de un momento a otro.

Jim habló en voz baja.

—Quedaros aquí y estad listos para sacar. No os mováis.

—Corriente —dijeron a una Alan Kramer y Jesse McDonald.

Jim echó a andar al encuentro de los forajidos.

Al llegar cerca de ellos, arrojó el puñado de polvo a la cara de los tres que estaban en el centro.

En el campo de tiro se produjo un gran estruendo.

Jim había saltado hacia adelante y rodó por la tierra.

Tropezó con unos pies. Eran los del *sheriff* de Crow Hull.

El representante de la ley se quedó tan asombrado al ver a los hombres que se estaban baleando que dejó caer el rifle. Jim atrapó el arma por el cañón y saltó hacia adelante.

Uno de los forajidos se disponía a disparar a mansalva sobre Jesse, que había sido tocado en un brazo y se encontraba indefenso.

Jim le atizó con la culata en el cráneo.

Sus compañeros habían ya dado cuenta de los otros pistoleros.

—¡Cuidado, Jim! —gritó Jesse—. ¡A tu espalda!

Jim giró. Vio a Sam Cravenor y a Burton Shesman, administrador y capataz, respectivamente, del rancho «El Arco y la Flecha», que se disponían a hacer uso de sus armas. Ambos estaban muy cerca.

Jim echó a correr y se arrojó al aire empuñando el rifle por el cañón.

Sam recibió el golpe de la culata en la sien y se derrumbó como fulminado por un rayo.

Alan Kramer metió dos balas en el abdomen de Burton.

Jim se puso en pie y echó a correr hacia el palco 33.

Magde estaba inmóvil, los ojos fijos en el lugar donde había muerto Sam Cravenor.

—Sam —murmuró y hundió la barbilla en el pecho.

Jim llegó a su lado con el ánimo de hacerla confesar para entregarla al *sheriff*, pero al verla tan quieta, le alzo la cara y vio sus ojos entornados. Le bastó eso para saber que aquella mujer había muerto de un ataque al corazón.

Jim bajó otra vez por la escalera.

El *sheriff* iba de un lado a otro como un sonámbulo.

La multitud había interrumpido el paseo triunfal de Colinde al sobrevenir el tiroteo.

Ahora la joven llegó junto a Leigh y él la abrazó una vez más.

—Nena, lo conseguimos…

Spencer
O'Malley
elevó su cara al cielo y dijo:

—Geo Evans, ha terminado el campeonato de Tiro al Arco que tú fundaste, y es para todos nosotros un honor decir que en Texas hay un nuevo «Robín» femenino que se llama Celinde Calvery por

cuyas venas corre tu misma sangre.

A «Robin de Texas» estaba besándole Jim Leigh.

FIN